

ALMANAQUE
DE
BUEN HUMOR

para



1925

Una peseta

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*. Y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosa y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

PARA LOS ENTREACTOS

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN
 correspondiente al núm. 161
 de
BUEN HUMOR
 que deberá acompañar a todo
 trabajo que se nos remita
 para el Concurso permanente
 de chistes o como colabora-
 ción espontánea.

20.—Una fiera.

DEL ZODIACO
 2 2—S

21.—Lo que más se parece a los portugueses
 (Nos referimos a la prosopopeya)

ARTÍCULO VOCAL
PAR DE BUEYES
NO DIGO LA VERDAD
5 0 0
ARTÍCULO INFAME ARTÍCULO
INCÓGNITA
SECCION

22.—Muy desagradable.

NADA
 POSITIVO COMPARATIVO SUPERLATIVO

Cupón núm. 4
 que deberá acompañar a toda
 solución que se nos remita con
 destino a nuestro CONCURSO
 DE PASATIEMPOS del mes de
 diciembre.

23.—Adjetivo mineralógico.

SIN PELO — 50
DILIGENCIA JUDICIAL

24.—Ignorante.

INSE RÁPIDO CTO

Crema Solar
 Boca sana :- Dientes blancos.
 Aliento perfumado.
 CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

25.—Charadita.

—Quinta segunda-séptima de
 cuarta-cuarta tercera segunda-
 prima a sus anchas, me obliga a
 que yo sexta-séptima.
 —Pues, a mí, como estoy todo no
 me hace maldita la gracia.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE OCTUBRE

Verificado públicamente en nuestra redacción el sorteo correspondiente, han resultado agraciados los pierdetiempistas relacionados a continuación.

PRIMER PREMIO.—Dos décimos de Lotería Nacional, número 3.302 para el primer sorteo de enero próximo, a doña Pilar Alonso, de Madrid.

SEGUNDO PREMIO.—Un décimo de Lotería de igual número y sorteo que el anterior, a D. Eduardo de Otaduy, de Portugalete.

TERCER PREMIO.—Una participación de Lotería Nacional de nueve pesetas, de igual número y sorteo que los anteriores a D. Cristóbal Carrizosa, de Bilbao.

Estos premios son equivalentes a los que mensualmente distribuimos, ya que el primer sorteo de enero es extraordinario.

Los agraciados pueden recoger sus premios en nuestra Administración,

cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE NOVIEMBRE

Soluciones a los pasatiempos del concurso de noviembre.

1. *Alburno.*—2. *Cabestro.*—3. *Mocoso.*—4. *Camarada.*—5. *La Bejarana.*—6. *Avutarda.*—7. *Alcántara.*—8. *Batán.*—9. *Hojarasca.*—10. *Joroba.*—11. *Mangosta.*—12. *Tortugas.*—13. *Dominó.*—14. *Pisto manchego.*—15. *Monote.*—16. *Vivíparo.*—17. *Duodono.*—18. *Ponerse en jarras.*—19. *Intermediarios.*—20. *Florentina envenenada.*—21. *Macilento.*—22. *Principal.*—23. *Tabaco inglés.*—24. *Terraza.*—25. *Aburridos.*—26. *Saco de noche.*—27. *Marasmo.*—28. *Hipogrifo.*—29. *Autómata.*—30. *Batabanó.*—31. *Quita-pesares.*

Examinadas las doce mil veinte soluciones recibidas, han resultado completamente exactas las enviadas por los 22 pierdetiempistas siguientes:

1. Carmen Jimeno, Madrid.—2. Jesús

M. Cortés, Madrid.—3. Matilde M. Cortes, Madrid.—4. Encarnación Orbea, Sestao.—5. Ricardo Abadía, Ferrol.—6. R. Medina, Portugalete.—7. M. Isabel Urzola, Valencia.—8. Mercedes Peyrona, San Sebastián.—9. Conchita Lorenzo, Madrid.—10. Matilde Cortés, Madrid.—11. Concha Rodríguez, Santander.—12. María Luisa Beses, Madrid.—13. Pilar Alonso, Madrid.—14. Felisa Maraver, Madrid.—15. Charito Maraver, Madrid.—16. Luis de Tabira, Bilbao.—17. Enrique Pineda, Segovia.—18. Carmen Domínguez, Portugalete.—19. Ramón M. Cortés, Madrid.—20. Adelita Peyrona, San Sebastián.—21. Manuel García Reyes, Madrid.—22. Un señor que firma José U. (ilegible lo demás) su carta con membrete del hotel «Ideal Room», de El Ferrol. ¡¡Las gallegas que le traerán de cabeza!!

El sorteo de premios se verificará en nuestra redacción (Plaza del Ángel, 5), a las seis de la tarde del día 29 del actual.

TELÓN DE ANUNCIOS

LIBROS DE RISA

LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

Pts.

Chistes mios y de ustedes.	2,00
Teatro fácil (16 comedias).	2,00
Cincuenta monólogos.....	2,00
Novelas y Monólogos escogidos.....	3,00
Chistes y cuplés (70 cosas)	2,00
La sala del crimen (novela).....	2,00
Animales caseros.....	1,00
La Vanagloria (novela)....	3,00
300 chistes nuevos.....	1,00
Diálogos y entremeses....	1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo..	2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres.....	1,00

Pedidos: **LUIS SANTOS**
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

Por unos dientes bonitos
Saturnino se desvive.
Por lo cual sus novias usan
Licor del Polo de Orive.



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

HERNIAS
Bragueros científicamente
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agosto Figueras 8

VINOS DE LA
COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 94 duplicado
Teléfono J. 718

SASTRERÍA LORITE
Corredera Alta, 19
Trajes y gabanes desde 35 pesetas

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

¿Desca usted aumentar su belleza?
Emplee
Crema BELLA AURORA
Grandes premios en 1915, 1919 y 1921

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Hijo de P. Cabello

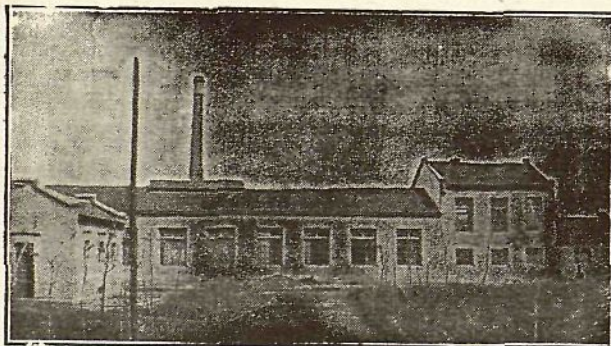
Objetos de escritorio, papelería y bisutería. 5 por 100 de descuento presentando este anuncio.
Plaza del Angel, 1

Lea usted "Vida Madrileña"
Anuncie en

Oficinas: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO



BALBINO CERRADA

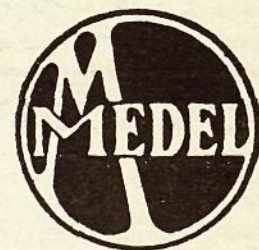
41, Antonio López, 41
Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:
Plaza del Matute, 6
Tel. 50-05 M.



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

Por una tos maldecida,
está Pascual que no vive
sólo se puede curar
tomando Jarabe Orive.

Sostenes IDEAL **PRESA**
Fajas de goma

Santa Engracia, 64
(próxima apertura).
Casa central: Fuencarral, 72.

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

AMADOR

FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

SUeltos de Contaduría

REMITIDOS A LA PRENSA POR EL TEATRO DE «BUEN HUMOR»

Teatro de «Buen Humor». Una lectura.

Con un éxito d... risa de esos que marean, como el célebre Babilonio, se leyó ayer en este teatro tan favorecido por el público y por la Lotería Nacional, la revista cómico-lírica, titulada «Aquí tiene usted, señor, la historia de Buen Humor»,

La nueva producción va firmada por tantos autores que lanzarnos a dar sus nombres sería como lanzarnos a aprender el vascuence en dos lecciones. De modo que no nos lanzamos. Por hoy nos limitamos a apuntar y a disparar el hecho de que la lectura de la obra fué un regocijo unánime...
Enhorabuena.

...

Han comenzado vertiginosamente los ensayos de la revista cómico-lírica «Aquí tiene usted, señor, la historia de Buen Humor».

...

Siguen con una velocidad inconcebible los ensayos de la nueva revista, etc.

...

Se está montando al galope la nueva revista de gran espectáculo titulada, etc.



Por dificultades surgidas de pronto por fallecimiento de seis tramoyistas que han caído extenuados junto a la batería a consecuencia del exceso de trabajo y por otros motivos así de insignificantes, se ha aplazado hasta la semana próxima el estreno de la nueva obra, etc.

Dentro de dos meses se verificará seguramente, el estreno de la revista, etc. etc.

...

Podemos jurar por el alma de nuestro padre que a últimos de año tendrá lugar el estreno, etc.

...

En esta semana se estrenará, etc.

...

La semana próxima es muy probable que se estrene la revista, etc.

...

Mañana, domingo, 28 de diciembre, se verificará, gracias a Dios, el estreno de la revista cómico-lírica, original de los señores Pérez Zúñiga, Neville, Ramos de Castro, Zurita, Plañiol, Arniches, López Rubio, Granada, Jardiel Poncela, Abril, Gómez de la Serna, Pérez Fernández, Bonnat, Tapia y García Álvarez, música de los maestros Guerrero, Serrano, Font, Fuentes y Alonso, titulada: «Aquí tiene usted, señor, la historia de Buen Humor.»

Se despacha, con muy buenos modales, pero se despacha, en contaduría, de 6 a 8.



Dib. SILENO.—Madrid

A causa de la rotura de seis bastidores vuelve a aplazarse indefinidamente el estreno anunciado. Hay que advertir que esos bastidores eran muy necesarios pues los actores están bordando sus papeles.

...





TEATRO DE "BUEN HUMOR"



TEMPORADA OFICIAL 1924-1925

COMPANÍA DE COMEDIAS, ZARZUELAS Y REVISTAS

JUAN Y MANUELA

Función para hoy domingo 28 de diciembre de 1924
(Festividad de los Santos Inocentes.)

ESTRENO de la revista cómico-lírica dividida en catorce cuadros y un prólogo, titulada

AQUÍ TIENE USTED, SEÑOR, LA HISTORIA DEL BUEN HUMOR

ORDEN Y TÍTULO DE LOS CUADROS

Prólogo

Palabras iniciales :-: Canción de la revista
Letra y música de JUAN PÉREZ ZÚÑIGA. Caricaturas de SILENO.

Cuadro primero

En la Edad de Piedra
(Escenas de la Prehistoria.)

Letra de EDGAR NEVILLE. Música de FONT y de ANTA. Decorado y figurines de BON.

Cuadro segundo

El "Cabaret" de las Pirámides
(Escenas del Bajo Egipto.)

Letra y cantables de LUIS DE TAPIA. Decorado y figurines de SANCHA.

Cuadro tercero

La java de Epaminondas

O

Las fratas que las mondas
(Cuadro de costumbres de la clásica Grecia.)

Letra de F. RAMOS DE CASTRO. Decorado y figurines de KARIKATO.

Cuadro cuarto

El ocaso de los dioses
(Cuadro mitológico de la época romana.)

Letra de JOSÉ MARÍA GRANADA. Decorado y figurines de PELLICER.

Cuadro quinto

En la Edad Media
(Tragedia feudal.)

Letra y cantables de ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ. Decorado y figurines de LÓPEZ RUBIO.

Cuadro sexto

En la Arabia feliz
(Escenas de harem.)

Letra y cantables de MARCIANO ZURITA. Música de EMILIO SERRANO. Decorado y figurines de AREUGER.

Cuadro séptimo

El descubrimiento de América

(Momento histórico.)

Letra de ENRIQUE JARDIEL PONCELA. Música de JAIENTO GUERRERO. Decorado y figurines de PADILLA.

Cuadro octavo

Un rato en Venecia

(Cuadro del Renacimiento.)

Letra de JOSÉ LÓPEZ RUBIO. Música de FRANCISCO ALONSO. Decorado y figurines de PENAGOS.

Cuadro noveno

La santa inquisición

(Una escena del Santo Oficio.)

Letra de A. R. BONNAT. Decorado y figurines de SAMA.

Cuadro décimo

Versalles

(Escenas dieciochescas.)

Letra de ANTONIO PLAÑOL. Decorado y figurines de BASILIO.

Cuadro onceavo

El biombo

(Cuadro romántico de 1830.)

Texto y dibujos de RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Cuadro duodécimo

La dama de los guantes de color tórtola

(Escenas del fin de siglo.)

Texto de MANUEL ABRIL. Figurines de la época.

Cuadro decimotercero

T. S. H.

(Cuadro de actualidad.)

Letra de PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ. Música del maestro FUENTES. Decorado y figurines de GARRIDO.

Cuadro decimocuarto

La cesta y la porra

O

El eterno femenino

(Sainete del siglo que viene.)

Letra de CARLOS ARNICHES. Decorado y figurines de TONO.

Dirección artística: SILENO :-: :-: :-: NO SE DAN ENTRADAS DE FAVOR

PRECIOS

Palcos sin entradas.....	1 pta.	Delantera de anfiteatro.....	1 pta.
Butaca con entrada.....	1 pta.	Anfiteatro.....	1 pta.

Entrada de palco: UNA PESETA

PARA LA VENTA: EN CONTADURIA Y TAQUILLA

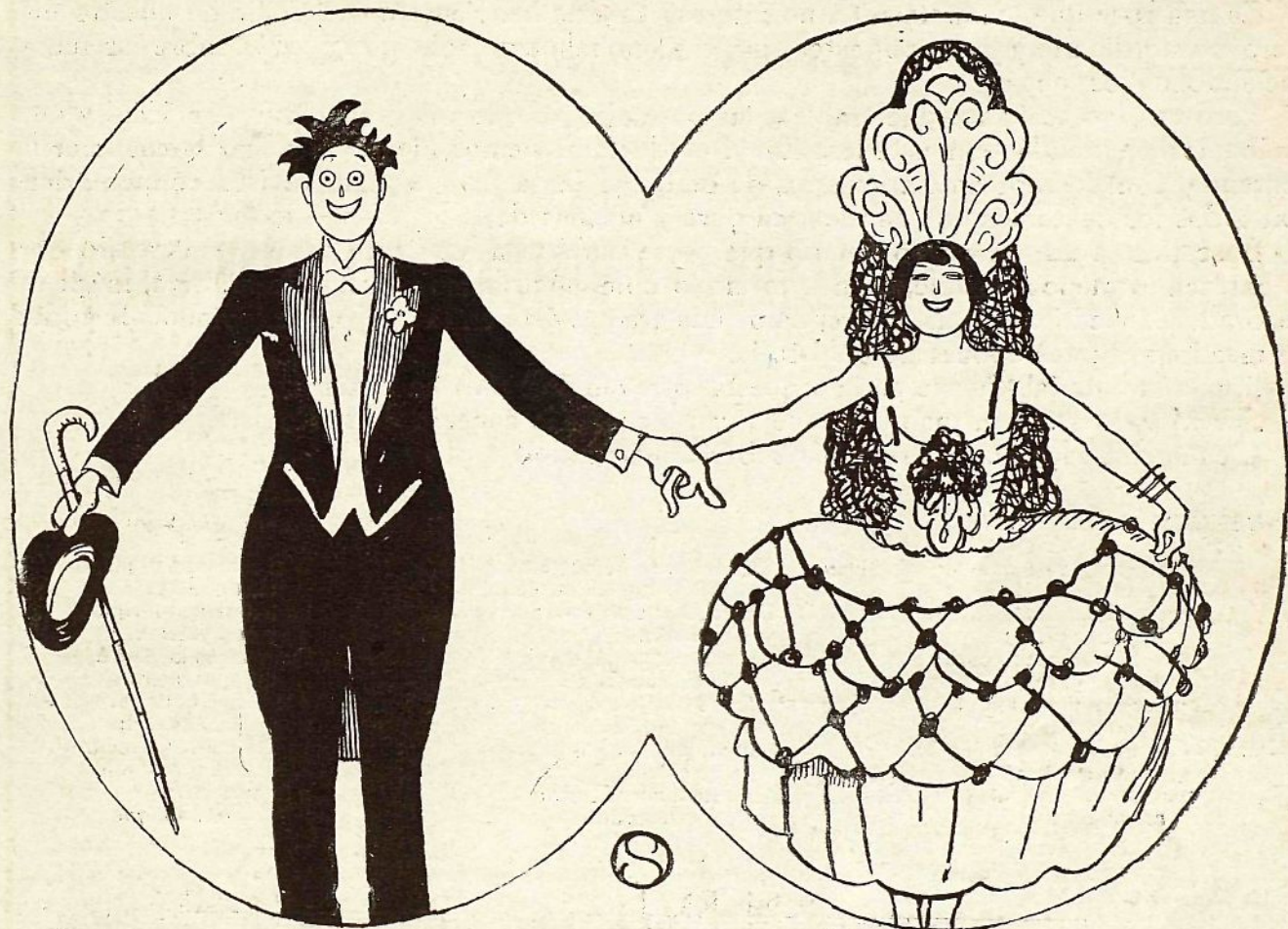
PARA LA PUBLICIDAD EN EL TELÓN DE ANUNCIOS: ADMINISTRACIÓN DE «BUEN HUMOR». — APARTADO 12.142.



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO
NÚMERO ALMANAQUE
Madrid, 28 de diciembre de 1924.



PRÓLOGO

PALABRAS INICIALES

El Redactor-avisador sale por un lado de la cortina, cuando aún no se ha acabado el público de sentar ni de quitar los abrigos, y dice, así, a boca de jarro:

Señoras y señores: Vengo a darles a ustedes una explicación de lo que va a pasar de aquí en adelante. Perdónenme si soy inoportuno y no me tiren nada, por lo menos hasta que acabe.

A nosotros se nos planteó el problema de todos los años, el pavoroso problema del número almanaque de 1925. En realidad, estamos tan cansados como ustedes deben estarlo de los tales números almanagues. Todos son iguales y, en ellos, doce autores y doce dibujantes

se sortean la difícil comisión de hablar y de pintar algo sobre los doce meses del año, los doce signos zodiacales, las cuatro estaciones y cosas por el estilo, como han hecho de cincuenta años a esta parte y en todas las revistas, los que en el lápiz y la pluma han sido y muchos de los que son todavía, y por muchos años.

¿Podíamos nosotros volver a colocar a ustedes los doce consabidos mesecitos?

Es una cosa que, naturalmente, no interesa ya a nadie. Pensamos desistir de nuestro número extraordinario y pasar por estos días, tradicionalmente solejados, como sobre ascuas y haciéndonos los locos.

Pero en algo teníamos que emplear las pesetejas que hemos ganado durante 1924 y que estábamos en deuda con ustedes. En vista de ello, hemos decidido echar la casa por la ventana y convertirnos en empresarios de teatro y dar a ustedes una revista cómico-lírica, con todos los cantables que contiene la obra y muchas de las notas musicales.

Buscando, pues, un extraordinario que no se parezca a los demás extraordinarios, o que se parezca lo menos posible, hemos formado compañía, hemos reclutado autores, músicos, decoradores y caricaturistas, y montamos una gran revista en la que pasan jovialmente todas las más importantes épocas de la historia.

¡Luz a la batería! ¡Fuerte en la orquesta! ¡Prevenidos! ¡Arriba el telón!

Servidor de ustedes. Juan y Manuela van a cantar la canción de la Revista.

(Se marcha. Hace rato que debía haberse marchado.)

CANCION DE LA REVISTA

Letra y música de Juan Pérez Zúñiga.

A DUO. Aquí estan los tamosos
Juan y Manuela,
humorística yunta,
pura canela,
buen humor hecho carne,
flor del gracejo,
que echa sal por los poros
de su pellejo.
MANUELA. Buen humor siempre tienes,
Juanito amado;
mas te veo estos días
malhumorado.

JUAN. Es mi bien, que de dudas
no hay quien me saque
cuando el día se acerca
del *Almanaque*;
Por lo tanto, tú, que eres
más que yo sabia
(cosa que te aseguro
que me da rabia),
dí si damos gran forma
de calendario
a este número *primo*
y extraordinario,

o si echamos al mundo
sin etiquetas
un buñuelo con ripios
y con viñetas.
MANUELA. Pues verás la ideica,
mi Juan querido,
que el serrín de mi cráneo
me ha sugerido
para dar nuevo aspecto,
gracia y empaque
a la cursilería
del *Almanaque*.

Lento

Aquí estan los tamosos Juan y Manuela humorística yunta pura canela buen humor hecho carne flor del gracejo que echa sal por los poros de su pellejo.

Buen humor siempre tienes Juanito amado; mas te veo estos días malhumorado.

Es mi bien, que de dudas no hay quien me saque cuando el día se acerca del *Almanaque*; Por lo tanto, tú, que eres más que yo sabia (cosa que te aseguro que me da rabia), dí si damos gran forma de calendario a este número *primo* y extraordinario,

o si echamos al mundo sin etiquetas un buñuelo con ripios y con viñetas. Pues verás la ideica, mi Juan querido, que el serrín de mi cráneo me ha sugerido para dar nuevo aspecto, gracia y empaque a la cursilería del *Almanaque*.

Diciembre 1924. Juan Pérez Zúñiga.

CUADRO I



EN LA EDAD DE PIEDRA

CUADRO DE COSTUMBRES PREHISTÓRICAS, DIVIDIDO EN DOS PARTES, ORIGINAL [DE EDGAR NEVILLE,
MÚSICA DEL MAESTRO FONT, DECORADO Y FIGURINES DE BON

PRIMERA PARTE

Interior de una caverna prehistórica. Ah, el pintor, se ocupa, con la lengua fuera, en dibujar con un sílex un toro en una pared. El toro que le sirve de modelo se mantiene quieto, como teniendo conciencia de su misión. Obedece, sumiso, las órdenes del artista, y mientras posa, mira curiosamente el trabajo, para ver si va saliendo parecido.

Ah (canturrea mientras trabaja).

¡Qué suave emoción,
qué dulce placer
hay en dibujar
en esta pared!

¡A ver, esa cabeza más baja, para

dar mayor aspecto de ferocidad! (El modelo baja la testa.) Así: más expresión en esos ojos, más fuego, más ardor; bufé un poco. (El toro, bufa.) ¡Así, así; muy bien! Bufé otra vez. (Ah dibuja con afán; el toro se cansa, y vuelve a su postura natural.) ¡Un poco más! Estoy haciendo un cuerno; vuélvase a poner en postura (el toro obedece; pero la fatiga le hace volver de nuevo a su postura natural). ¡Bueno, descansemos! (El toro se sienta, y el artista se rasca concienzudamente.)

(Hu, la modelo, mujer de costumbres licenciosas, hace irrupción en la caverna, mordiéndose las uñas, como señal de distinción.)

Hu.—¡Hola, Titi! ¿Trabajas?

Ah.—¿Pero no te he dicho que no vengas cuando laboro? ¿Es que no me vas a hacer caso?

Hu.—Perdona, Titi, perdona; hay que ver cómo os ponéis los artistas en cuanto pintáis un mal diplodocus.

Ah.—Me pongo como quiero.

Hu.—Como lo que eres: como un pintamonas.

(El toro se ofende y bufa.)

Hu. (por el toro, señalándolo despectivamente).—¿Y estás pintando a este idiota?

El toro (saliendo de su mutismo). No faltar, ¿eh? No faltar.

Hu.—¡Ja, ja! ¡Vaya un modelo! ¡Sí

parece que están dos hombres dentro! (El toro escarba, furioso.)

Ah.—Bueno; aquí no has venido a sembrar la indisciplina. Di lo que te trae y lárgate.

Hu.—Pues no me trae nada: el deseo de verte y el de preguntarte si es verdad eso que me han dicho: que cortejas a Hi, esa señorita cursi, que nunca baja del cocotero porque no lo encuentra elegante.

Ah.—No ofendas a nadie, y menos a una señorita que está muy por encima de ti.

Hu.—En el cocotero.

Ah.—En moralidad y recato.

Hu.—Pues venfa a decirte que, por mí, no había inconveniente en ello. Sabrás que el pintor Oh...

Ah.—¿El académico?

Hu.—El mismo...; me ha puesto un palafito, que él mismo me va a decorar.

Ah.—¡Vaya birria que va a hacer! Calcará ciervos en las paredes y tomará las medidas con una varita, para que salgan igual.

Hu.—Cuando te quieran nombrar académico, bien contento estarás.

Ah.—Eres idiota, como el viento.

Hu.—Bonita imagen, ¡ja, ja! Bueno; no sé si te he dicho que el pintor Oh se ha enamorado de mí, y me ha puesto un palafito...

Ah.—Creo que me lo acabas de decir.

Hu (indignándose).—¿Y me lo dices así? ¿Y es esa la indignación que te produce, y son esos los gruñidos, los insultos, los saltos y los golpes que esperaba ver en ti, al devorarte los celos?

Ah.—¡Ja, ja, ja! (Ríe.) ¿Y a mí, qué? Golpes, puede que haya, pero es si no me dejas trabajar. En cuanto a celos... permite que me ría; de la única que podría tenerlos es de Hi, de mi bella Hi.

Hu.—¡Infame, traidor, monstruo! ¡Pensar que por ti abandoné mi madre y a mi familia, y ahora me engañas con otra. (Arma tal alboroto; en una

crisis nerviosa, que Ah la expulsa, golpeándola con el silex; ella, desde la puerta, amenaza al pintor, y observando que el toro se ríe a carcajadas, le tira una piedra, que no le da, lo que hace aumentar la risa del animal y la desesperación de la mujer.)

Hi (desde fuera).—Me vengaré. ¡In-



grato, me vengaré! Y tú, toro idiota, que te pinten como eres. ¡Mansol! ¡Buey! ¡Cornigacho! ¡Ojo de perdiz!

(Renace la calma cuando se va y vuelve a dibujar el artista al toro, que goza de nuevo conteniendo la risa.)

Ah.

¡Qué dulce emoción,

qué suave placer

hay en dibujar

en esta pared.

Telón.

SEGUNDA PARTE

La decoración representa un claro en un bosque de cocoteros. En primer término, uno de esos árboles; en segundo, otro más grande y alto. En el primer cocotero, en lo más alto, se haya la pura muchacha que enamora al protagonista. Hi, la espiritual Hi, se arranca los peñequeños de los pies con gracia femenina.

ESCENA I

(Coro de microbios. Salen por la derecha, al compás de la música, diez billones de microbios invisibles.)

Somos los microbios invisibles, acierto supremo de la creación. Somos auxiliares de los médicos; somos de los sabios una versión.

UN TENOR

Yo traigo la peste.

UNA TIPLE

Yo soy la del tifus.

UN BARÍTONO

Yo soy el del cáncer.

UNA TIPLE MUY LIGERA

Yo soy del amor.

TODOS

Somos los microbios invisibles, acierto supremo de la creación.

LOS DEL CÓLERA

¡Pom!

(Sigue la música, y bailan graciosamente los diez billones de microbios invisibles. Después quedan formados a la derecha del actor,

Canción del mamouth. Sale un mamouth y canta.)

Soy el mamouth; soy la señora gorda; soy de esta edad, llamada Prehistoria.

Mi talle es gentil y seductor, y a más de un diplodocus hice enloquecer de amor.

(Se va saltando.)

(Llega Ah, que sigue rascándose, sólo que ahora a compás; se encara con Hi, que está en el cocotero, y cantan:

EN LA EDAD DE PIEDRA

CANCIÓN DE LOS MICROBIOS INVISIBLES
MÚSICA DEL MAESTRO FONT Y DE ANTA

M.M. = 500

(1) *mf*

fin (testitura de microbios) *tu(b)*

Somos los mi cro bios in vi si bles

a vier to su pre mo de la crea ción

somos auxi lia res de los me di cos so mos de los sa bios u ma di ros

Mo *tro* *mo* *pre*

ción Yo fui la peste Yo soy la del ti fus Yo soy la del can cer yo soy

(Sangre) *Al* *de* *Anta*

del a mor nes c

galejo *Font y de Anta*

Font y de Anta

12-24

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.



La Revista BUEN HUMOR.—La cola en la taquilla.

Hi. Hi, Hi, Hi,
ven a mí,
ven a mí,
Hi, Hi, Hi.
Baja aquí,
baja aquí,
que me muero
de amores por ti.
Bella Hi,
bella Hi,
Hi, Hi, Hi.

(Danza un momento, al compás del ruido que hacen sus uñas en su cabeza.)

Hi. Ah, Ah, Ah,
fuerte Ah,
fuerte Ah,
Ah, Ah, Ah.
Yo no quiero bajar.
Sube acá,
ven por mí,
noble Ah,
noble Ah,
Ah, Ah, Ah,
Ah, Ah, Ah.

Ah.—Baja, preciosa.

Hi.—Que subas quiero.

Ah.—Esto es más blando.

Hi.—Esto es más tierno.

Ah.—Cromañona ven a mí.

Hi.—Ay, no; ay, sí.

Ah e Hi.—Ven tú hacia míííí.

(En este momento, Hu, la despechada, que estaba oculta en el cocotero grande, arroja un coco, que va a dar en la cabeza a Ah.)



Ah.—¡Hi!

Hi.—¿Qué quieres?

Ah (dolorido).—¡Hi, Hi!

Hi.—Que qué quieres.

Ah.—Si es que lloro.

Hi.—¿Qué te ocurre?

Ah.—¡Ingrata, me has tirado un coco.

Hi.—¿Yo? No.

(En este momento, un segundo coco va a estrellarse junto a Ah, que mira al cielo justo a tiempo de ver caer a la vengativa Hu, que ha perdido el equilibrio, y se hace virutas en el suelo.)

Ah e Hi.—Castigo de cielo.

(Hi baja prestamente y del brazo de Ah, se adelanta hacia las candilejas. Sale el mamouth y se coloca a su lado, y los diez billones de microbios llenan el resto del escenario y cantan):

Ah.—Esto ahora va a dar fin.

Hi.—Hu, la mala, se desnucó.

LOS MICROBIOS.—Falta uno de nosotros.

EL MICROBIO DEL AMOR (asomándose por debajo del brazo de Hi):

No apurao,
que soy yo.

Todos.—Soyyyyy
yooooo.

Telón (metálico).

(Mucha policía entre bastidores.)

CUADRO II

EL CABARET DE LAS PIRÁMIDES

ESCENAS DEL BAJO EGIPTO (PERO DEL MÁS BAJO)

LETRA GERROGLÍFICA DE MICENIO. TRADUCIDA POR LUIS DE TAPIA

DECORADO Y FIGURINES DE SANCHA

PERSONAJES

SISAC I.º.—Rey de la dinastía veintitres... y pico.

TAIA.—Mujer y reina.

AMASIS.—Escultor de templos.

SENTA.—Pintor de templos.

HATHOR.—Tanguista de Alejandría.

PEPI.—Rejoneador de bueyes Apis.

AMEN O AMÉN.—Sacerdote.

LA ESFINGE.—Personaje mudo.

UNA FLORISTA, vendedora de lotos.

UNA PRENDERA, compradora de lotos.

Cuatro bailarinas esclavas.

Y un camarero, también esclavo... de su deber.

(Todos estos personajes trabajarán de perfil, postura clásica de las figuras egipcias. El cuerpo podrán ponerlo, ya de frente por delante, o ya de frente por detrás, como torea Tu-Tan Gaona.)

La escena representa el interior de un modesto cabaret situado en las cercanías de la segunda pirámide. Al fondo, no se ve el Nilo azul, ni el Nilo verde; porque el decorado es «Marco-ni», o sea sin Nilos.

Los muebles son de la época, y los veladores del siglo futuro. Hay un mostrador, varias mesas, y un aparato no muy grande (la obra no es de gran aparato) para servir cerveza dulce a presión.

En el techo del Cabaret se ven pintados cocodrilos; sobre las paredes, escarabajos; y por el suelo, ratones... (Una porquería.)

Al levantarse el telón, no hay nadie en el local. Pasa un gran rato, para que el público reciba la sensación de que se halla ante el desierto, y por fin



Senta y Amasis, con las caras de perfil y las manos hieráticas y en alto, caen en el cabaret como dos tórtolas... de Valencia.

ESCENA PRIMERA (y acaso única)

AMASIS.—Entra aquí, querido Senta, y siéntate.

SENTA.—Por Osiris que vengo cansado.

AMASIS.—¿Quieres un pitillo?...

SENTA.—Sí es *egipcio*...

AMASIS.—Naturalmente. (Llama al camarero). ¡A ver, mozo: dos cañas de cerveza dulce y media docenita de ibis, bien fritos!

Mozo.—Las cañas dulces, en seguida; los ibis, imposible. La venta de pájaros fritos nos está prohibida. Y más, siendo sagrados.

AMASIS.—¿Qué tenéis, entonces, como «plato del día»?...

Mozo.—«Cangrejos del mar rojo» y «Sesostris huecos».

AMASIS.—Bien: tráete dos de «sesostris rebozados» y media de «Clarete de Tebas». Pero volando.

SENTA.—La parroquia no es mucha... ¿Qué idea le dió a tu amo de «abrir un cabaret en pleno desierto»?

Mozo.—Lo ignoro; ¡como no fuese con ánimo de poder presentar la *danza del camello* con camellos auténticos!... Pero mi amo no gana una piastra en el negocio. Debe hasta el aire que res-

pira. Las deudas abundan en el país. Los acreedores no descansan y embargan a las gentes. Andando el tiempo, Egipto entero será de los *ingleses*.

AMASIS.—No te quepa duda. (Se va el profético mozo). Y a propósito de dinero, ¿trabajas mucho?

SENTA.—Estoy pintando, para el frontón del templo, las momias de dos ilustres varones.

AMASIS.—Dos momios, ¿entonces?...

SENTA.—Sí; pero me parece que he de ganar poco en la obra. Desconfío mucho de los *momios* del Frontón... ¿Y tú, qué haces?

AMASIS.—Yo labro una *mastaba* en el monte sacro y un *pilono* junto al Nilo. Unos días subó a la *mastaba* y otros descendiendo hasta el *pilono*. ¿Por qué no te pasas un rato por allí?

SENTA.—Sí que iré a verte, ilustre escultor. Mientras trabajas me fumaré un cigarro en tu taller. De ese modo, yo fumo y tú esculpes.

AMASIS.—No me hagas chistes de Muñofis Seka.

LA FLORISTA (entrando, y acercándose a este par de *artistas*). ¿Quieren flores?... Lotos del valle... Amarillos y azules...

AMASIS.—¿Quién es esta chica?...

SENTA.—Ella misma te lo dirá, cantando. Es la costumbre en estas obras.

(El sexteto inicia un cuplé).

FLORISTA.—En la calle de Sefi,
y en la calle de Anquiris,
y en la calle de Tebas,

y en la calle de Osiris,
vendo en primavera
lotos de los valles...
Yo soy la *lotera*
de las cuatro calles.

SENTA.—¡Magnífico!... ¡Precioso *numero* de musical!...

FLORISTA.—Tengo un lindo repertorio.

AMASIS.—Es natural: una lotera ha de tener bonitos *números*.

FLORISTA.—Los tengo hasta *capicúas*. ¿Queréis oírme otro?... El «tango de Faraón»...

(La tanguista de Alejandría, que ha entrado momentos antes con Pepi el rejoneador, se dirige con chunga a la florista).

TANGUISTA.—Pero oye, niña; ¿Tú que has venido a dar aquí, el lofo o la *lata*?... Porque te pones más pesada que las columnas de Karnac.

PEPI.—¡Buen rejoncillo!... ¡Olé!... Que me traigan una *caña*.

Mozo.—Va en seguida.

TANGUISTA.—A mí competencias, no. Mientras yo sea la tanguista de este *cabaret*, aquí no canta tangos ni *Spaventa*... ¿Lo oyes?

PEPI.—¡Muy bien *habla*!... ¡Venga otra *caña*!

Mozo.—A escape.

TANGUISTA.—¡Pues no faltaba más!... ¡A mi con caireles, siendo del Cairo!... Conque ya lo sabes, niña;... ¡al *ahuec-kamen*!

FLORISTA.—El dios Horus calme tu furia...

PEPI.—¡Anda, Dios: ¿Y qué Dios es ese?...

AMASIS.—Mañana le conocerás cuando el buey Apis te mande a las alturas...

PEPI.—¿A mi?... Hombre, eso tiene gracia... Mozo: dame otra caña.

Mozo.—¿Otra?... (Este tío es más cañero que rejoneador.)

PEPI.—Dame otra caña que voy a pescar un escultor de río. ¡Ah!, y tráete también las vendas, los betunes, y el asfalto, porque este guasón va a salir de aquí pa el Valle de los Reyes...

AMASIS.—No pienso reñir contigo.

PEPI.—Te provocaré.

AMASIS.—Y yo llamaré a Amén, el sacerdote.

PEPI.—Como yo te agarre no vas a poder decir ni Amén. (Avanza de medio lado hacia Amasis.)

LA FLORISTA (abalanzándose también hacia la tanguista).—La culpa de todo la tienes tú.

TANGUISTA.—¿Yo?... Ahora verás, ¡so... Gol-Fil...!

FLORISTA.—¡So Menfis!

(La bronca se pone tan seria que los cocodrilos del techo empiezan a llorar, causando algunas goteras. En el momento en que las egipcias van a desmoñarse, aparece en escena Amén el sacerdote. Todos se posternan. Al posternarse el camarero, deja caer el servicio que traía en la cabeza y pierde hasta la tapa de los sesostris.)

AMÉN (entrando).—¡Por Anubis que la paz sea entre vosotros!

PEPI (aparte).—¿Quién es este cura?

Mozo.—Es el gran sacerdote de los templos de Sebt, de Karnac y de Thaor...

PEPI (mirando a Amén y a las escasas personas que se hallan en el cabaret).—Pues me parece mucho cura para tan poca parroquia.

AMÉN.—He escuchado vuestras voces, y adelantándome al cortejo real he llegado hasta aquí... Hasta aquí estoy también de vosotros (se señala la coronilla). ¿Qué malos dioses os poseen?...

SENTA.—Señor...

AMÉN.—¡Silencio!...

SENTA.—Perdón, señor; pero iba a preguntaros si queriais tomar algo.

AMÉN.—El ayuno me lo impide. Sólo líquidos puedo aceptar.

SENTA.—Mozo: ¿Qué vinos tenéis?..

Mozo.—«Manzanilla de Kartum» y «Jerez de Misa».

SENTA.—Traete «Misa» para el sacerdote.

(El camarero trae el Jerez y el sacerdote consume. Los demás parroquianos liban, asimismo, y la cordialidad renace en el local.)

(Entra la prendera, ofreciendo esclavas a las esclavas.)

AMÉN.—Pronto el regio cortejo honrará estos lugares. Los reyes se dirigen a la ceremonia de colocar la primera piedra de la pirámide tercera, y han de pasar por la segunda.

PEPI.—Eso, más que ceremonia parece una charada.

AMÉN.—Si los reyes de la xxiii dinastía se dignan entrar en este recinto, las venturas os colmarán a todos y el Cabaret se inundará de público. (El dueño aplaude y se hace veintitrés veces dinástico.)

LA PRENDERA.—¿Y me comprarán joyas?...

AMÉN.—Sin duda alguna.

PRENDERA.—Casualmente tengo ahora un lote que perteneció a un gran señor.

AMASIS (aparte a la tanguista).—¿Quién es esta tía?

TANGUISTA.—Es la viuda de Tu-Tan-Kamen, que se dedica a corredora de alhajas y está vendiendo las que llevó al sepulcro su marido. Entró secretamente en la cámara fúnebre, y substituyó las joyas buenas por otras falsas...

SENTA.—Pero eso es un timo.

TANGUISTA.—Es una estafa que prepara a Mister Carter, para el porvenir. ¡Menuda plancha de oro se va a tirar el... amigo!... (El amigo de Carnavón)...

AMÉN.—¡Silencio!... Los reyes se acercan.

(Se oyen, en efecto, los tambores de la comitiva que hacen: ran-sés... ran-sés... ran-sés... a cuyo ritmo real, avanza el cortejo. Por fin, todo el friso egipcio sale ante el público. Los reyes salen en hombros, como si bubiesen quedado muy bien en la corrida. El sacerdote se adelanta.)

AMÉN.—¡Salud, hijos del Sol!... Permitid que estos humildes súbditos os ofrenden los productos propios del cabaret... Manjares... bebidas... cigarros. ¡A ver, mozo: una «Corona» al rey, «bocadillos a la reina» y «himón helado» para los soldados del Sudán, que vienen sudando!...

SISAC 1.º.—¡Gracias, pueblo!...

TAIA.—¡Amén, gracias!

PEPI.—Que se bailen algo las niñas tanguistas.

(Empiezan a danzar las cuatro bailarinas esclavas, contratadas a sueldo por la casa.)

EL REY.—¡Qué mal lo hacen!...

Mozo.—Efectivamente.

EL REY.—¡Que vengan mis danzarinas; los consagrados a Isis; los de las danzas hípicas!

(Destacándose del cortejo, entran a caballo seis jinetes egipcios que evolucionan en un lindo carrusel faraónico.)

EL REY (entusiasmado).—¡Vedlos!... ¡Son los ases de Isis!... ¡Uníos a su

danza!... Yo, y la reina daremos el ejemplo...)

(Los caballos, los ases, y los reyes, arman el gran tute. El pueblo, frenético, grita con alegría; la juerga es piramidal; se ríen hasta los cocodrilos)...

(De pronto, se escucha un grito... Es un mensajero que trae la noticia de que el Nilo, siguiendo su costumbre, se acaba de salir de su señora madre.)

EL DUEÑO DEL BAR.—¡Maldición!...

AMÉN.—No os decía yo que vuestro cabaret se inundaría...

PEPI.—¡Vaya cura gracias!...

Mozo.—¡Salvemos a los reyes; y, si es posible, la vajilla!...

PEPI.—Imposible... El río entra a torrentes. En mi vida he visto tanta agua en una taberna... ¡Favor!... ¡Socorro!

(Hasta el final del acto sigue entrando agua. El bombero de servicio empieza a preocuparse. Las aguas, escasas al principio, se hacen mayores al llegar hasta los reyes, subidos en el mostrador. Las demás figuras parecen no preocuparse del baño, sin duda porque les coge con traje adecuado. En el remolino de la inundación, Amasis y la florista se abrazan y dialogan)...

AMASIS.—Te amaba hace mucho tiempo.

FLORISTA.—¿Qué tiempo hará?...

AMASIS.—Por ahora no escampa... Pero te amaba desde la primera dinastía...

FLORISTA.—¡Júramelo por Teta.

AMASIS.—Y por sus hijos.

FLORISTA.—Sus hijos no me importan. No me hables de los niños de teta...

PEPI.—Os advierto que no está la tarde para amoros ni para chistes. El chaparrón aumenta y nos vamos a ahogar todos. Menos mal que, por lo pronto, se suspenderá la novillada... ¡Bueno estará el ruedo de igual!...

AMÉN.—¡Invoquemos a Osiris, enemigo de Gassel!

(La invocación es inútil porque la política hidráulica continúa. Las aguas llegan ya a la gran cafetera, que hace explosión. Retiembla el local y el nivel líquido sigue subiendo. Luchan desesperadamente el sacerdote, los reyes y el mozo, pero, por fin, se hunden en las aguas el clero, la dinastía y el cabaret. Sobre los escombros tan sólo queda, impassible, la esfinge, que, como es muda, no puede pedir el aplauso final.)

Sin embargo, se supone que la obra ha de gustar mucho.

Se reciben avisos en Contaduría.

Por Micenio,

Luis DE TAPIA

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERÍA CAMPOS: Calle de Millén, 23

CUADRO III



LA JAVA DE EPAMINONDAS

LETRA DE F. RAMOS DE CASTRO

(Traducción completamente libre, de una comedia que estuvo a punto de escribir Aristófanes. El traductor, que en esto de conservar con esmero, es un Trevijano intelectual, recuerda que los clásicos griegos omitían siempre en sus papiros, la descripción de la escena, costumbre que respeta el adaptador, aclarando y poniendo en letra que la acción de esta revista se desarrolla durante un cómos (1), celebrado con motivo de las Dionisíacas campestres, en un demo (2) del Atica, (3), 400 años antes del sacro natalicio que acabamos de conmemorar con las privaciones impuestas por las circunstancias (4).

PERSONAJES

MENELAO, cónsul; FIDÓNIDES, lictor (5); CLEÓN QHESÍ y BEOCIO SUCCIO, pretorianos (6); NICCARCO, ortopédico; CALISTRATO DE SOHSHA; FRIMONDAS, ateniense golfo; AGATÓN RHENAL; TRIGEO DE BHOTASSA, y otros específicos de ambos sexos. La mayoría de ellos no hablan. Coro.

MENELAO.—¡Por Júpiter, patricio amigo—a tí te digo, patricio Ghil—, por Júpiter, repito, que tardan en llegar las



O LAS TRATAS QUE LAS MONDAS

DECORADO Y FIGURINES DE KARIKATO

famosas vestales de la java del pámpano!... ¿Tú las has visto alguna vez?

Ghil.—¡Por Juno qué sí! ¿Y tú?

MENELAO.—Yo también, pero por Julio. Y he aquí que mientras no lleguen, esto, más que una campestre dionisíaca, antójaseme un velatorio valisoletano.

EPAMINONDAS.—Con razón plañes, Menelao. ¡Hola! ¿Ha llegado el escita que mandé venir a las tres con las danzarinas?

FRIMONDAS.—¿Escita?

EPAMINONDAS.—Sí, a las tres.

ESCITA.—Heme aquí, señor.

MENELAO.—¿Y el cuadro de danzarinas?

ESCITA.—Hele allí.

MENELAO.—¡Ca!

ESCITA.—¡Hele!

CORO.—¡¡¡Jota!!!



EPAMINONDAS — ¡Bombax! ¡Qué cultura la de esta Grecia clásica! ¡Piden la jota muchos, antes de que se componga la primera! Por las Ninfas, callaos! ¡Tú, Calixtrato, zúmbale al crótalo para que comience la bacanal! ¡Hijas de Ceres! ¡Venga una java indígena y que sufra el César!

MÚSICA

(Una vestal bestial, soltándose la clámide, entona:)

¡M'ha llamao Menelao
pero m'ha llamao
una cosa fea!
Y es que s'ha equivocao,
o que m'ha tomao
por Agesilea...
En esta bacanal,
que es un funeral
de lo más palmao,
¡no se puede hablar con Me-
ne-lao!
porque apenas le hablas te ha
fal-tao!

¡Epaminón,
Lamacón,
Nicias y Agatón!
¡No hay un gachón
más fondón
que Filoc eón!

¡Pa gracia Grecia, que dice Illecia,
que es un barbián!
¡Fuera las penas, porque en Atenas
de sobra están!
¡¡¡La que va a armarse en Chirene
como esto se estrene
por San Sebastián!!!

(La bacanal se inicia con fervores que no me atrevo a describir. Ténganse en cuenta las costumbres de las Grecia clásica y téngase en cuenta que hay o puede haber niños delante. Por ello se abstiene el adaptador de dar a la estampa el diálogo que resta, porque su procacidad vergonzosa atacaría a fondo la moral y las buenas costumbres del siglo. Supónganse ustedes que cae esta pochez de periódico en manos—¡beatíficas manos!—de *Chelito* y hay un Trafalgar... Para que no crean ustedes que es un pretexto para no seguir, voy a copiar algunas de las



exclamaciones que figuran en el original.)

EPAMINONDAS (a Filocleón).—Oye, Filo, ¿has reparado en aquella sacerdotisa que trae un pámpano por todo indumento?

FILOCLEÓN.—No me digas...

EPAMINONDAS.—¿Verdad que está... despampanante?

MENELAO.—¡Achanta, Sócrates! ¡Allí veo, en plena bacanal, a Hiérocles, el subsecretario de Hacienda, con tres frescas del Atica y una más fresca, dórico-jónica! Y ayer, cuando le pedí la temporera, me dijo el muy corintio que no tenía *bacante*...

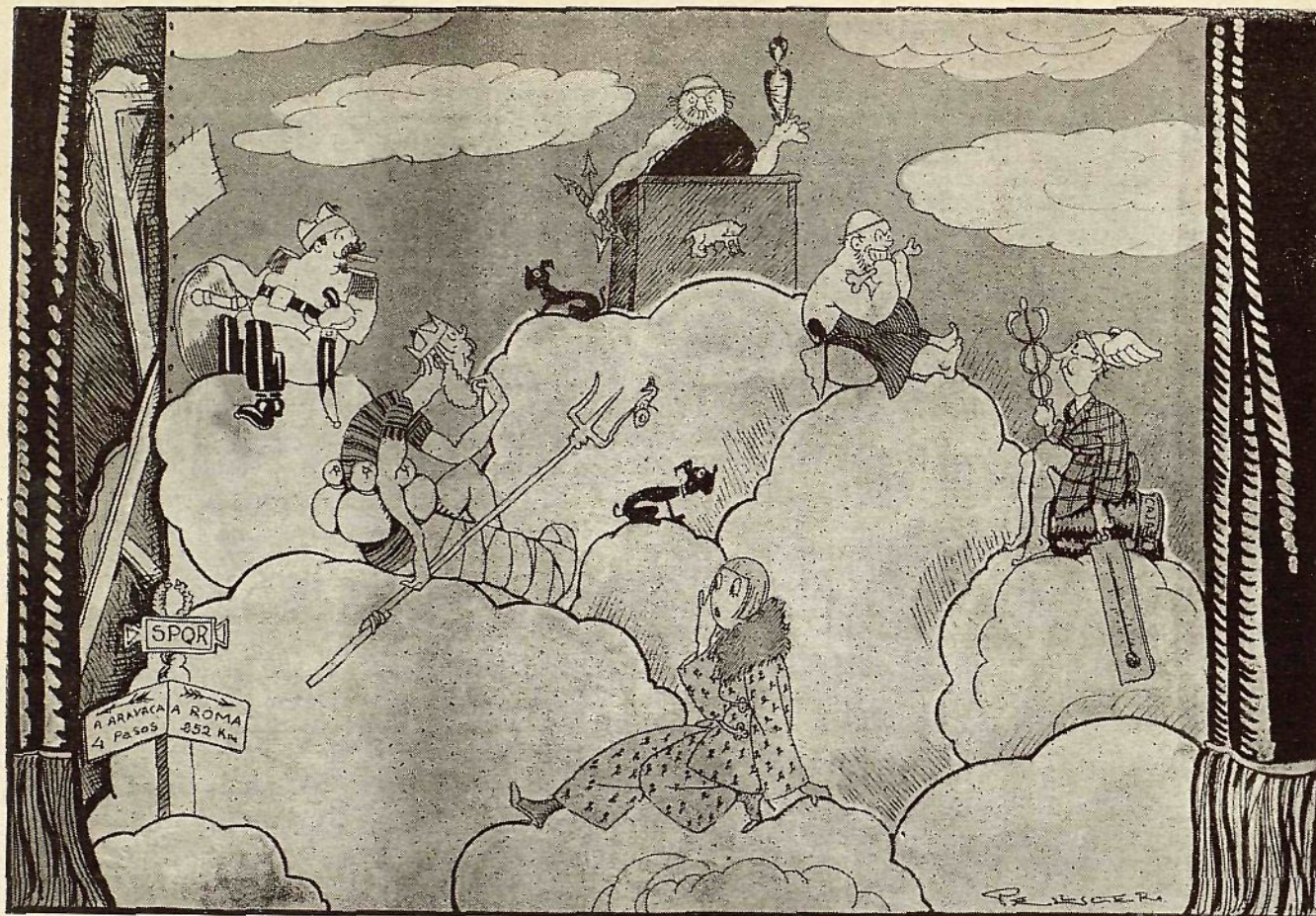
NICIAS.—¡Te juro por las Parcas, torturadora Lesbica, que tan pronto escancias la última ánfora, me voy a entregar a las más repugnantes escenas del más hediondo canibalismo!...

¿Ven ustedes cómo no hay manera de seguir?

Por la adaptación,
FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

(1), (2), (3), (4) y siguientes, el traductor lamenta con toda su alma desconocer en absoluto el significado de estas palabras.





EL OCASO DE LOS DIOSSES

LETRA Y CANTABLES DE JOSÉ MARÍA GRANADA, DECORADO Y FIGURINES DE PELLICER

Personajes: MERCADER 1.º, MERCADER 2.º, JÚPITER, VENUS, SATURNO, NEPTUNO, MERCURIO, MARTE, BACO. Coro de Lares y Penates.

Cuadro primero

Una calle de Roma

MERCADERES 1.º y 2.º

MERCADER 1.º (pregonando).—¡Quisquillas del Tiber!

MERCADER 2.º (lo mismo).—¡Bocas de la isla!

MERCADER 1.º—No sigas, no sigas.

MERCADER 2.º—Como que esto es intolerable, desde la muerte de aquel galileo llamado Jesús. El pueblo ha tomado en serio su doctrina y hoy no se puede vivir. Yo, que me dedicaba a la venta de esclavos y hacía buenos negocios, pues ahora han dado por decir que el hombre es hermano del hombre y no puedo vender ni para un remedio. Tenía unas esclavas que daba gloria verlas, con unas formas, unas morbideces, pero ahora (pregona) ¡quisquillas! ¡Mira que haber suprimido la venta de esclavos!

MERCADER 1.º—Una ruína.

MERCADER 2.º—Pues ¿dónde me dejas esto que pasa en la familia? Yo llevaba repudiadas cincuenta mujeres. En cuanto me visaban lo más insignificante o me pedían gollerías, *res tua tibi habeto*, les entregaba sus cosas y otra en su puesto; así es que antes con una túnica de percal planchá y unas sandalias bajas de charol y cualquier chuchería, tan contentas como las tenías; pero ahora, desde esa maldita predicación en la que dicen que la mujer es compañera del hombre, han tomao unos humos que... no es posible aguantarlas; ¡bueno, anoche, porque quise salir sólc, me cogió y me arreó la mía un trompazo aquí en la oreja, que... mira.

MERCADER 1.º—¡Te la ha chafao!

MERCADER 2.º—Yo creo que para los restos. ¿No dicen que tenemos dentro unos huesecitos?

MERCADER 1.º—Sí. Martillo, yunque, bincular y estribo.

MERCADER 2.º—Pues los otros no sé, pero el estribo me lo debe de haber

quita del tortazo, porque fíjate, está descolgá.

MERCADER 1.º—¿Y eso de los Dioses? Ahora resulta que no hay más que un Dios.

MERCADER 2.º—Fíjate. Antes, con los Lares y los Penates y los cincuenta mil dioses que teníamos a nuestra disposición, pues estábamos tan ricamente servíos, y no se podían poner tontos, porque no te servía uno, y echabas mano de otro, pero ahora...

MERCADER 1.º—Te advierto que ahora hay uno, pero son tres.

MERCADER 2.º—¿Y los discípulos?

MERCADER 1.º—Por ahí andan predicando y llevándose a la gente de calle. Y luego, como hacen esos juegos de manos, pues que atontan a la gente. Había uno, un tal Pedro, muy calvo, que vendía pescao fresco, y otro, pescadero, que lo vendía ya frito y que son hoy discípulos de Jesús, que te coge una sardina y un pellizco de pan y hace así y te da de comer a toa una cárcel y los deja reventando.

MERCADER 2.º—¿Con una sardina?
¡Miau!

MERCADER 1.º—Que te digo que es verdad.

MERCADER 2.º—Pues no sé en qué va a quedar esto.

MERCADER 1.º—Veremos. Algo gordo tié que pasar. Hay una reunión en el Olimpo, porque los Dioses he oído yo que andan alborotados, y de lo que ellos acuerden dependerá todo. Me largo, que mi compañera, como ahora le llaman, estará suave! Voy corriendo a casa, no sea que me arree la segunda torta. ¡Maldita sea!

MERCADER 2.º—Pues ya resultará lo que sea. ¡Bocas de la isla! (Haciendo mutis.)

MERCADER 1.º—¡Quisquillas del Tiber!

TELÓN

Cuadro segundo

Reunión de Dioses en el Olimpo.

JÚPITER sólo en la presidencia y murmurando unos cuantos Larés y Penates.

JÚPITER.—Ya es la hora de la reunión y no vienen esos.

PENATE 1.º—Por ahí fuera había dos o tres. Hay un malestar grande y todos te culpan a ti.

JÚPITER.—¿A mí?

PENATE 1.º—Ya verás, la grita que te largan.

JÚPITER.—No lo veremos. Da un toque de cuerna y dí que pasen. (Se cumple la orden de Júpiter y empiezan a entrar varios dioses. Saturno pasa a la presidencia. Cuando se están saludando Saturno y Júpiter, se acercan a la mesa Urano, Mercurio y Marte. Saludos correctos y cada uno ocupa su puesto.) ¿Quiénes faltan?

MERCURIO.—Ahí viene ya Neptuno. (Neptuno avanza, apoyándose en el tridente y en una muleta, cojeando mucho, reflejándose en su rostro los dolores de un reuma que lo trae a mal traer.)

JÚPITER.—Anda, anda ligero, Neptuno, que el tiempo corre.

NEPTUNO.—El tiempo correrá todo lo que tú quieras, pero yo no puedo dar un paso. ¡Ay!, he pescado un reumazo que me tiene loco.

JÚPITER.—¿Y Venus? (Entra Venus tosiendo, estornudando, y arrebujaada en un gran boa.)

VENUS.—Aquí estoy.

JÚPITER.—¿Pero qué manera de venir es esa? ¿Dónde está tu gallardía, tu escultural figura, tu...?

VENUS.—Mira, no sigas. Ya te explicaré. Yo no puedo más, me estoy muriendo. (Deja que Júpiter le bese una mano, estornuda, nadie le dice Jesús, y se sienta.)

JÚPITER.—¿Podemos empezar? (Todos a un tiempo se levantan y dicen solemnemente: sí, sí, y todos a un tiempo, solemnemente, se sientan; vamos, lo mismo que en cualquier revista.)

JÚPITER.—Empezaremos cantando el

himno con que damos comienzo a nuestras reuniones. (Toda la asamblea de Dioses se pone de pie; Júpiter coge una batuta y dirige.)

MÚSICA

Ya juntos estamos
ya juntos estamos
ya juntos estamos
do, re, mi, fa, sol;
aquí hemos venido
aquí hemos venido
aquí hemos venido,
¡no falta ni un Dios!

JÚPITER (con voz de bajo profundo).
No señor.

CANTANDO

Uno, dos; uno, dos; uno, dos.
(Tose, se estira y se prepara a cantar extendiendo el brazo.)

No, señor.

No falta ni un Dios.

Como soy del Helesponto.

(Todos se levantan e interrumpen



indignados.) ¡Hoy no se canta el rasonto!

JÚPITER (algo mosca).—Bueno, pues ahí queda. (Deja la batuta y siéntanse todos.)

HABLADO

El motivo de la reunión, queridos compañeros, ya lo sabéis de sobra. Alguien ha venido a querer hacer del Olimpo un panteón de dioses muertos para la conciencia humana; quieren que el hombre busque a la divinidad en otras regiones. Lo que encendía con los rayos de mi mirada la cabellera de fuego del astro del día... (Cambiando rápido de tono y buscando entre el auditorio.) ¿Quién ha silbado? Que me voy a hacer una cosa en su distinguido progenitor.

SATURNO.—Te estás poniendo cursi y es que ya...

JÚPITER.—Tú te callas. Yo me traigo esto embotellado y lo largo. Yo, que he lanzado sobre dioses y mortales los rayos de mi ira para aplacar la rabia de mi lujuria; yo, que de las chispas que de mi yunque brotaban he creado las estrellas, flores de la noche que

brillan y tiemblan en la inmensidad al contacto sólo de mi hálito...

UNOS.—¡Fuera!, ¡fuera!

OTROS.—Eso es una cursilería indigna.

JÚPITER. (Saca una enorme petaca y arroja unos cuantos rayos sobre los alborotadores. Estos los cogen en el aire, los apagan de un salivazo y se los devuelven.)

UNOS.—Toma, que esto ya no sirve.

JÚPITER.—¡Mi madre!

SATURNO.—Un poquito de silencio, compañeros. No culpéis a Júpiter de nada de cuanto pasa... Si nos vamos examinando uno a uno, veremos que hay algo extraño, sobrenatural, que uos va aniquilando y consumiendo. Yo antes me engullía no a mis propios hijos, sino a cuantos tenía a mi alcance, y tan ricamente; pues esta mañana he comido sólo tres caturitas tan tiernas, tan ricas, tan sabrosas (se le van alegrando los ojos como si lo tuviera delante; de pronto arruga el ceño); bueno, pues llevo consumidos seis botes de bicarbonato. ¡Nada, que no puedo ya ni con el desayuno! ¿Qué me decís de Venus? Ahí la tenéis irrisita, aburrída, encorvada, queriendo cubrir sus carnes ayer frescas, mórbidas, de turgentes senos y hoy flácidas.

VENUS (gritando).—¡Ay! ¡No pellizques, tú!

SATURNO.—¿Qué pasa?

MERCURIO.—No; era que yo quería convencerme de eso que dices, porque no quería creerlo.

SATURNO.—Continúa. Neptuno, que antes se complacía en agitar las aguas para sepultar en ellas a los mortales, ahora no tiene humor para nada y anda reumático y catarroso.

NEPTUNO.—¡Y que no puedo! Que yo ahora agito las aguas y esos malditos predicadores de la nueva doctrina andan por ellas como por una pista.

SATURNO.—Continúa.—(En este momento entra Baco coronada la cabeza con hojas de vid y una bota enorme en la mano.) ¿Baco?

BACO.—¡Aquí estoy! ¡Chist! Salú, compañeros.

JÚPITER.—Esta no es manera de venir a la reunión.

BACO.—Tú te callas. ¡Olé! ¡Y aquí yo soy el amo! Esto ya es licor sagrado. ¡Olé! A mí me gusta la nueva doctrina, porque sí, porque sí...

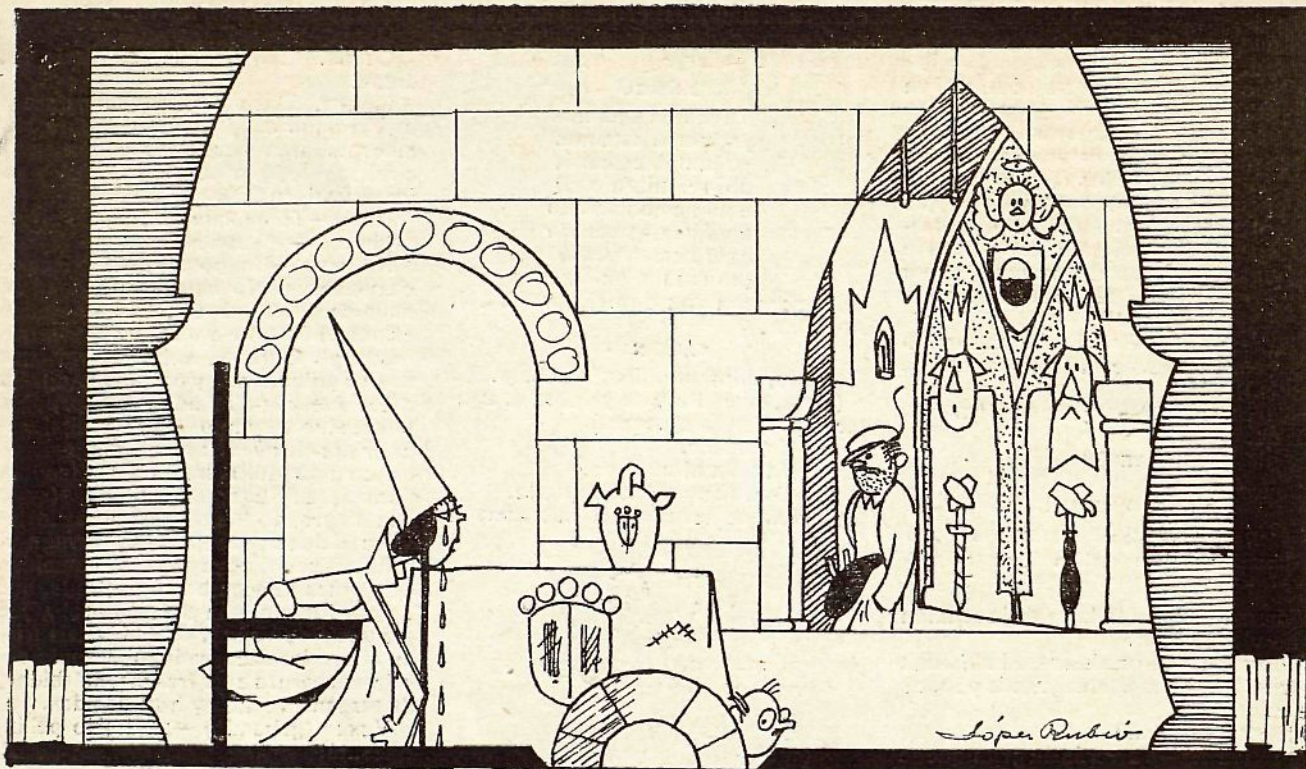
Todos.—¡Fuera!, ¡fuera! ¡Está borracho!

UNOS.—¡Que se vaya!

OTROS.—¡Que le den amonáco!

BACO.—¿Sí? ¡Pues, ¡vaya!, ¡vaya! (Se lían a mamporros. Todos huyen y queda Baco sólo.) ¡Olé! ¡He podfo con todos! ¡Olé! ¡Me he subfo a la parrá! ¡Claro, como que estoy hecho una uva! A mí, ese Jesús, desde que convirtió el agua en vino en las bodas de Canaán, que me es la mar de simpático. ¡Olé!

TELÓN



EN LA EDAD MEDIA

TRAGEDIA FEUDAL. LETRA Y MÚSICA DE ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ,
DECORADO Y FIGURINES DE F. LÓPEZ RUBIO

Siglo XIII. Reinado de Sancho IV. Gran salón perteneciente al roquero castillo de Alcalá de Guadaíra.

PERSONAJES

DON LOPE DE LA CERDA
TEBALDO DE MOLINA Y ALBORNOZ
ALVAR OSORIO
GARCÍ NUÑEZ
BLANCA DE LA CERDA
DOÑA RODRIGONA
UN TROVERO
GENTES DE ARMAS... TOMAR

Al levantarse el cortinón de Cachemira, aparece sentada, frente a una mesa cubierta con un tapete de terciopelo rojo, en cuyo centro se ve bordado bastante chabacanamente, el escudo de Castilla; aparece sentada, decimos, y enjugándose los ojos con un pañuelo de batista, que oprime con la diestra mano, al propio tiempo que lanza un hondo suspiro que hace bajar su abultado seno, encerrado en un costoso corpiño carmesí; aparece sentada, repetimos, y con la mirada fija en un ventanal por cuyos transparentes cristales se divisa un límpido horizonte, bañado de luz solar, que penetra a raudales en la señorial estancia; aparece sentada y apoyando ligeramente la cabeza sobre la espaciosa mesa. Blanca de la Cerda, hija única de don Lope y nieta de doña Berengueta La Cerda, que fué la primera Cerda del siglo XIII.

BLANCA.

(Lacrimante e hipósa).

¿Y para qué nacer... Dios de los cielos, para sufrir, llorar y hacerse añicos el corazón, vivir entre desvelos y ser igual los pobres que los ricos?

¿Para soñar delicias y venturas y despertar y ver en el instante que vuelve una otra vez a las negruras de esta vida asquerosa y repugnante? ¡Oh! ¡Yo quiero morir, Virgen María! ¡Matadme! Ya que no vivir ansío. ¡Cese ya mi tormento y mi agonía! ¡Matadme, sí, que no diré ni pío!

DOÑA RODRIG.

(Entrando sigilosamente).

¿Qué es eso, doña Blanca, estáis llorando? ¡Oh! mi buena y afable Rodrigona; pasad. ¿Lloráis?

BLANCA.

DOÑA RODRIG.

BLANCA.

No tal, estoy rezando y pidiéndole a Dios por mi persona. Me engaños, doña Blanca; vuestros ojos están humedecidos por el llanto. Decidme la verdad y sin sonrojos, que os he visto nacer y os quiero tanto... Pues sí; llorando estoy; a qué ocultaros...

BLANCA.

DOÑA RODRIG.

BLANCA.

¿Acaso por Tebaldo de Molina?... Por Tebaldo, sí tal; pero acercaros y os contaré una historia peregrina: Tebaldo entró de escudero ha un año en este castillo; lo recomendó don Pero, y al trasponer el rastrillo, me dió un vuelco el corazón. ¡Qué gallardo continente! ¡Qué mirada de león! y ¡qué hermoso! Dios clemente; era una exageración, mejorando lo presente.

Quando penetró en mi estancia
a rendirme pleitesfa
saludó con arrogancia,
clavó su vista en la mía
y me dijo sin jactancia:

—Vi damas a cual más bellas:
vi relucir las estrellas;
vi hermosas constelaciones;
pero vos sois diez trillones
mucho más lindas que ellas.

Yo turbada le escuché,
la vista al suelo bajé,
y lo que pasó por mí
explicárselo no sé.

DOÑA RODRIG.

Amor era.

BLANCA.

¡Cielos! ¿Sí?

DOÑA RODRIG.

Amor que fué y se coló
hasta vuestra alma sensible;
pero os aseguro yo
que ese amor es imposible;
no puede ser.

BLANCA.

¡Cielos! ¿No?

DOÑA RODRIG.

Vuestro padre no querrá.

BLANCA.

Aunque no quiera, será.
Dejad que os diga al oído
lo que todo ha sucedido.

DOÑA RODRIG.

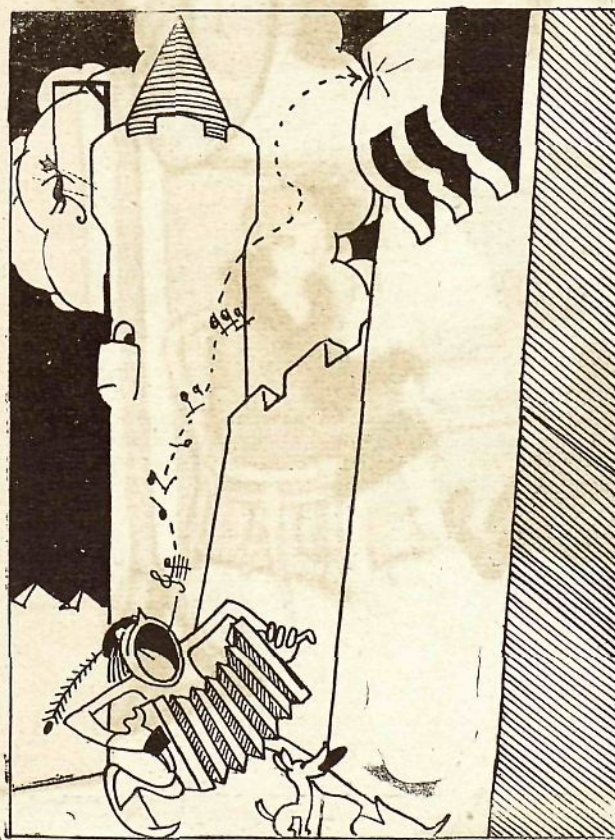
¡Retorreones! ¡Cielos! ¿Ya?
Por Cristo, la hicistes buena.
¡Qué drama más espantoso!
Pues vuestro padre... ¡qué pena!
a él le cuelga de una almena
y a vos os arroja al foso.

BLANCA.

¡Al foso! ¿Qué me decís?

DOÑA RODRIG.

¡Oh! No tenéis salvación.



si del castillo no huis,
¿cómo del foso salís?
Pues, por un escotillón.
DOÑA RODRIG. Alguien llega... ¡Dios clemente!
¡Se oyen pasos! ¡Yo estoy muerta!
BLANCA. Rodrigona, sed valiente,
hacéos la indiferente
y abrid al punto la puerta.

(Se dirige Rodrigona a la puerta, la abre convulsa y penetra en la severa estancia Tebaldo de Molina, un mozo de treinta y siete años, mes menos, mes más, apuesto, que mes menos, apuesto, arrogante, varonil, de ojos negros y rasgados hasta las sienas, de dos cintarazos que le arreararon en un reñido combate; penetra, como decíamos, y cae de hinojos a los pies diminutos de Blanquita la Cerda. Doña Rodrigona se santigua quince o veinte veces y masculla un rezo).

TEBALDO.

¡Mi Blanca, mi Blanca!

BLANCA.

Tebaldo, amor mío.

TEBALDO.

Por tí no descanso,
por tí desvarío.
Rendido a tus plantas
yo caigo de hinojos.

BLANCA.

Levanta que ansío
mirarme en tus ojos.

TEBALDO.

¿De veras me quieres?

BLANCA.

Te adoro, soy franca.

TEBALDO.

¡Tebaldo, Tebaldo!

¡Mi Blanca, mi Blanca!

Bendita la hora

que entré en el castillo

y de esos tus ojos

cegóme su brillo.

Bendito el instante

que tú me dijiste:

«Te adoro, Tebaldo».

Por Dios, que me hiciste

feliz de una forma

que no se explicarte.

Desde aquel momento

vivo para amarte.

BLANCA.

Pero si mi padre

nuestro amor supiera

no quiero decirte

lo que me dijera.

TEBALDO.

Si don Lope sabe

nuestro amor, se calla.

Seguro es el triunfo

de nuestra batalla.

BLANCA.

Perdona, Tebaldo,

que yo no lo crea,

cada vez la cosa

se pone más fea.

Y guarda tu espalda,

Tebaldo querido,

mira que te veo

muy comprometido.

TEBALDO.

¿Y por qué me dices

que guarde la espalda?

BLANCA.

Porque si él se entera,

Tebaldo, te balda.

EL TROVADOR.

(Dentro.) Castellana, castellana,
que habitas este castillo,
oye la copla galana

MÚSICA



La Revista BUEN HUMOR.—El ensayo al piano.

de este trovador sencillo
que vaga tarde y mañana
con este anciano laúd.
Castellana, castellana,
escucha y que *haiga* salud.
Plin, plin, plin.

1.^a

Son tus ojillos gachones
dos trozos de regaliz.
Tus labios son dos fresones
y un plátano tu nariz.

(Estríbillo.)

A la jota, jota,
tírame una escala
para que yo pueda
subir a tu sala,
y cuando me encuentre
muy cerca de ti,
¡ya verás que trova
te largo yo allí!

2.^a

Con tan ricas vestiduras
de tan llamativos tonos
¿dónde va la castellana?
Me parece que al Hipódromo.

(Estríbillo).

A la jota, jota...

BLANCA. TEBALDO y DOÑA RODRIGONA que escucharon al trovador ensimismados y con delectación, sonríen y rompen a hablar.

BLANCA. ¡Qué linda trova cantó el trovador,
yo con deleite su voz oí,
me parecía que era un jilguero;
es tan hermoso cantar así!

DOÑA RODRIG. ¡Benditas Animas del Purgatorio,
Don Lope llega, viene veloz
con Garcí Núñez y Alvar Osorio.

TEBALDO ¡Mi santa madre, Luz de Albornoz!

DOÑA RODRIG. ¡Corred, salvaros, no deteneros!

BLANCA. ¡Oh, mi Tebaldo, hazlo por mí!

que Alvar y Núñez son hombres fieros.

TEBALDO. ¡Recontrahienas, ya están aquí.

Penetran DON LOPE, GARCÍ NÚÑEZ y ALVAR OSORIO y entran con unas caras que a su lado las de las panteras son muñequitas de biscuit.

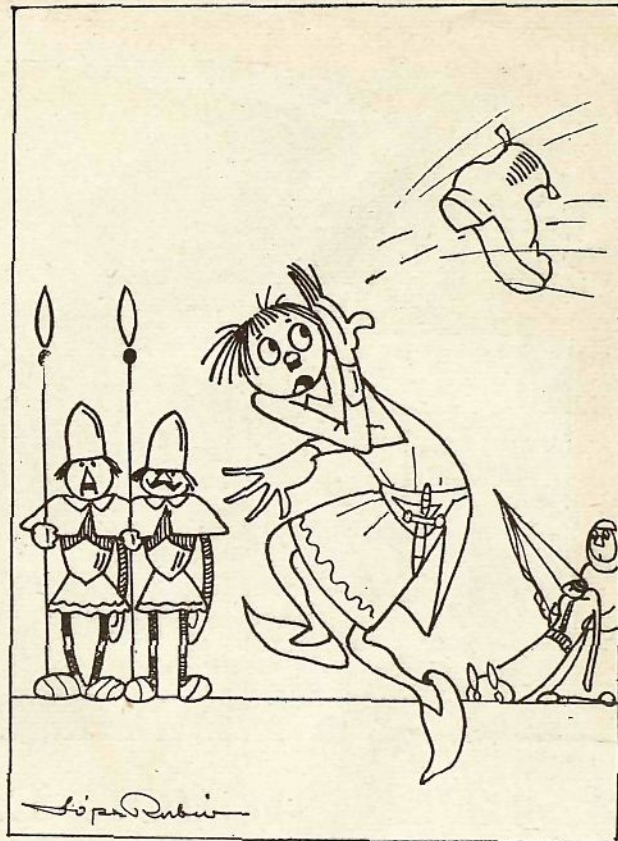
DON LOPE. ¡Tebaldo, eres un villano,
un mal hombre, un mal nacido,
un sinvergüenza, un reptil!
¡Has engañado a mi Blanca,
a esta linda flor que hacía
de este castillo un pensil!
¡Abusaste de esta niña
frasquito de mermelada
todo miel, todo candor!
¡Eres un trasgo, un vampiro,
una foca, un megaterium,
una hiena y un traidor!

TEBALDO. Con calma escucho, Don Lope,
esos insultos horrendos
que, loco, me dirigís,
pero sabed, ¡oh, La Cerda!,
que yo adoro a doña Blanca
como un cegato,

DON LOPE. Mentís;

Garcí Núñez, apresarlo,
maniatarlo, amordazarlo.

BLANCA. ¡Oh, padre, padre, piedad!



DON LOPE. ¡Le adoro, y a qué negarlo;
matadme, pero fuí suya!
¡Remoño, qué atrocidad!
Esto clama al cielo raso:
¿Qué habéis hecho de mi honra
y de mi honor y mi fe?
¡Lina Cerda en este trance!
Porque mi hija, villano,
es una Cerda.

TEBALDO. Lo sé.
DON LOPE. Tú, hija, vil y despiadada
sobre una almena colgada
fallecerás. ¡Oh, qué horror,
y tú, en una vil mazmorra,
te pudrirás lentamente!
¡Osorio, Núñez!

OSORIO. Señor...
DON LOPE. Encerradle en la mazmorra
con un jarro de agua sólo.
BLANCA. ¡Cuánto el pobre va a sufrir!
DON LOPE. Y llevadlo con cadenas.
BLANCA. ¿Con cadenas? ¡Cielo Santo!

DON LOPE. ¡Me lo van a traducir!
BLANCA. ¡Y cúmplase mi mandato!

DON LOPE. ¡Adiós, Tebaldo!

TEBALDO. ¡Adiós, Blanca!

BLANCA. ¡Mi delirio!

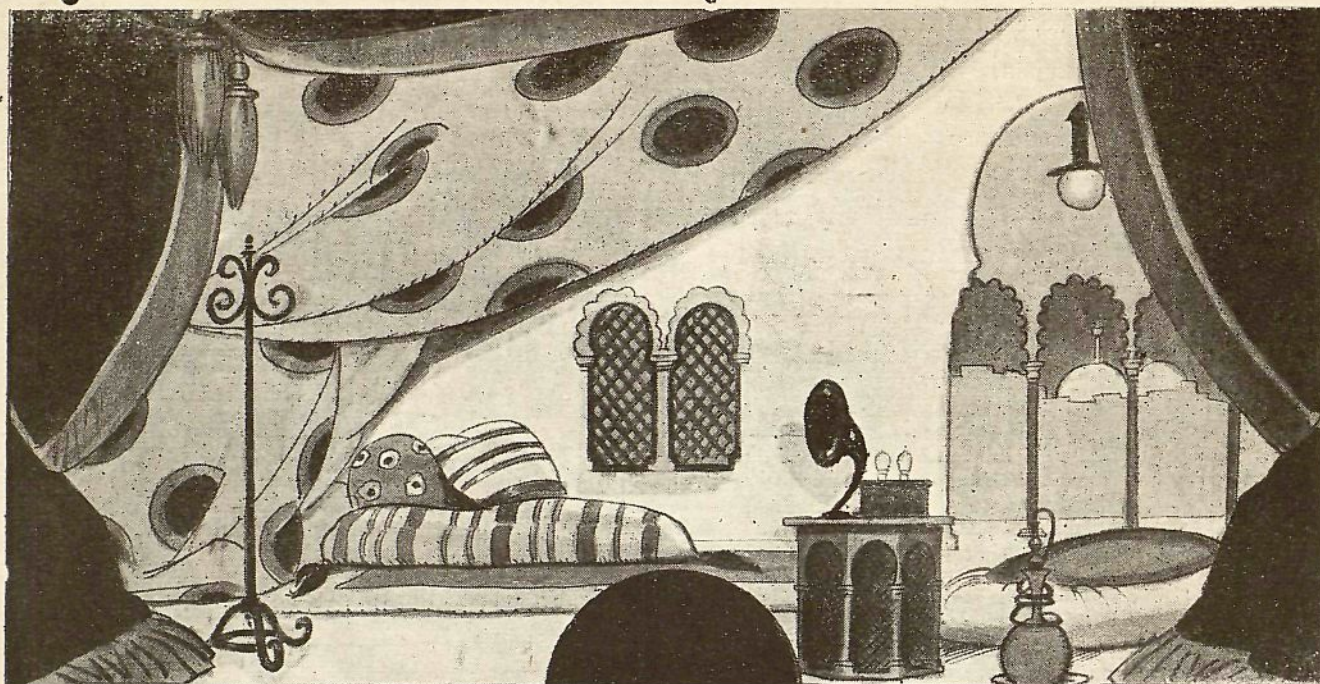
TEBALDO. ¡Mi ilusión!

OSORIO. ¡Oh, Don Lope, qué tragedia.
DON LOPE. ¡Qué tragedia!, pero, ¿qué hago?
¿Me suicido?

OSORIO. ¡No!

TELÓN.

CUADRO VI



EL BUEN HUMOR EN LA ARABIA FELIZ

LETRA DE MARCIANO ZURITA. MÚSICA DE E. SERRANO. DECORADO Y FIGURINES DE AREUGER

Salón en el palacio de Bagdad.
Ali-Fafe, el emir, llama a Alcanfor
y le ordena que busque en la ciudad
el medio de quitarle el mal humor.
(Y es que está el buen señor
hecho una mala bestia, la verdad.)

Sale Alcanfor y quédase el emir
a solas con su esclavo Beni-Ben,
que en su cargo oficial de Hazmerrefir
jamás ha conseguido quedar bien.
Una voz canta dentro, en el harén,
algo que no se puede traducir.

ALI-FAFE. Beni-Ben, ven.

BENI-BEN.

ALI-FAFE.

Señor.
¿Sin mi permiso
quién se atreve a cantar tan de mañana?
Es Selika.

BENI-BEN.

ALI-FAFE.

¿Selika? ¿La africana?
¡Espíritu gentil! ¡Oh, paradiso!
Está con Ali-Guí de Barbería,
que la calza y, en éxtasis, escucha
su arrobadora y dulce melodía...

BENI-BEN.

¡Mírale: de tal modo se extasía,
que se le está cayendo la babucha!
Di que que pasen.

ALI-FAFE.

BENI-BEN.

¿Los dos? Más propio fuera...
Pero, en fin, yo no mando en esta casa...
Perla de Oriente, mi señor te espera.
Y tú también, oh dulce Ali-Guí, pasa.
Alá te guarde.

SELIKA.

ALI-FAFE.

Y a ti.
Eres guapa, ¡vive Dios!
Regular. Así, así...

SELIKA.

ALI-FAFE.

¡Son tus labios un rubí
partido por gala en dos!
¿Hablas de verdad?

SELIKA.

ALI-FAFE.

Señora,
yo siempre soy muy sincero.
¡Vaya una hembra seductora!
Pareces la reina mora...
de los hermanos Quintero.

SELIKA.
ALI-FAFE.

SELIKA.
ALI-FAFE.

SELIKA.
ALI-FAFE.

SELIKA.
ALI-FAFE.

SELIKA.

ALI-FAFE.

SELIKA.

SELIKA.

CORO.

SELIKA.

CORO.

ALI-FAFE.

CORO.

Cantando eres un primor
y no hay quien se te resista.
Mil gracias por el favor.
Cantas bastante mejor
que cualquiera cupletista.
¿De veras?

Nunca escuché
un estilo más gitano.
Muchas gracias.

No hay de qué.

¿Te gusto?
¡Más que el chaqué
del conde de Vellellano!
Si ahora quisieras cantar
alguna copla...

Sí, sí;
por mí no habrá de quedar.
Pues ya puedes empezar.
Apúntame tú, Ali-Guí.

MÚSICA

En Marruecos se meció
la cuna donde nació,
y pues allí nací yo.
soy marroquí.
¡Claro que sí!
No, de Joló.
¡Claro que no!
¡Ali-Guí, Ali-Guí,
con la mano, no,
con la boca, sí!
¡Ali-Guí, Ali-Guí,
con la mano, no,
con la boca, sí!

= Andante = *Mohamet* *= Muy alegríto =*

Piano *sf* *sf* *sf* *sf*

(Se reptan hasta el aburrimiento) *a-la a-la* *a-la-h-un* *Xa*

que se ha roto la frente

ALI-FAFE. Oye, Ali-Guí.
 ALI-Guí. ¿Qué deseas?
 ALI-FAFE. Acércate.
 ALI-Guí. (¡Me embanasta!)
 ALI-FAFE. He notado que magreas de una manera entusiasta, y como esto no termine lo vas a pasar muy mal. ¡Que no estamos en el cine, so granuja, so morral! ¿Te vas enterando?

ALI-Guí. Sí.
 ALI-FAFE. ¿Lo volverás a hacer?
 ALI-Guí. No.
 ALI-FAFE. Pues no lo olvides. ¡Aquí si alguien magrea, soy yo! Es mi futura. ¿Qué dices?

ALI-Guí. Sí, señor, es mi futura.
 ALI-FAFE. ¡Conque Selika?... ¡Narices! ¡Selika es para este cural!

ALI-Guí. ¡Hombre, tendría que ver! Yo le quiero y él me ama.
 SELIKA. ¿Pero tú qué vas a hacer con un cacho de mojama?

ALI-Guí. Oye, señor, esa broma no te la consiento, no.

ALI-FAFE. ¡Con quince casó Mahoma... y era más viejo que yo! ¿Cómo se entiende? ¿A tu rey osas decir?... ¡Voto al diablo! Beni-Ben... ¡Pronto, a ese buey enciérralo en el establo!

ALCANFOR. Señor.
 ALI-FAFE. ¿Quién es?
 ALCANFOR. Soy tu eunuco.

ALI-FAFE. No te incomodes, emir. Tras de mucho ir y venir, he logrado hallar un truco para hacerte de reír. ¡Que te frian un filete! A quitarte la modorra tu esclavo se compromete. Bueno, Alcanfor, vete, vete... ¿Y adónde voy?

ALI-FAFE. ¡A la porra!
 ALCANFOR. ¿Pero el truco? Ahueca, ahueca.

ALI-FAFE. Yo te ruego... ¡Voto va!... Escúchame.
 ALCANFOR. ¡Por la Meca!

ALI-FAFE. ¡Cuéntaselo a Muñoz Seca. que te lo agradecerá!



CUADRO VII



EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

LETRA DE E. JARDIEL PONCELA, MÚSICA DEL MAESTRO GUERRERO. DECORADO Y FIGURAS DE PADILLA

Decoración: Una playa tropical, que dan ganas de ponerla en cura, porque pertenece al trópico de Cáncer. Fastuosa vegetación. El Océano se supone que está a la derecha, oculto por las primeras cajas.

Al fondo, selva impenetrable. Otra salida de bosque en la izquierda. Al levantarse el telón se despereza un poco; luego se oye ruido de remos, de chalupas que se acercan y algunas voces francamente europeas. Por la izquierda, medio desnudo y con unas plumas en la cabezota, surge un natural de la isla, que al oír las voces se detiene, como es natural. Y como es natural, natural de la isla, se asusta y se larga a todo correr.

Hay una pausa, no se sabe dónde; pero la hay. Las voces se distinguen más claras, y, por fin, por la derecha asoma la proa de la chalupa. «La chulapa», que pertenece a la dotación de la carabela *La Niña*.

Vestido con elegantísimos arreos, un pendón en la diestra y una espada en la siniestra, que aun siendo siniestra resultaba diestra, porque Colón era zurdo, entra en escena el gran navegante. Tras él salen los hermanos Alonso y Francisco Pinzón, Juan de la Cosa, Rodrigo de Triana, Bleuterio Salcedo, dos frailes, marineros, guerreros, timoneles, grumetes, etc., etc. Toda gente de mar; pero la mar es gente.

CRISTÓBAL COLÓN (*alzando la mano derecha*).—¡Señores, hagan el favor de no empujar! (*Primeras palabras que, contra la opinión de algunos historiadores, pronunció, al desembarcar, Colón.*)

VOCES DE MARINEROS.—¡Viva el almirante!

OTRAS VOCES MÁS RONCAS.—¡Vivaaa!

F. PINZÓN.—¡Viva el mayesfático, energético y geográfico navegante!

VOCES DE MARINEROS.—¡Vivaaa!

JUAN DE LA COSA.—¡Qué pico tiene este Pinzón!

A. PINZÓN.—¡Y que viva con holgura!

VOCES.—¡Vivaaa!

COLÓN.—¡Silencio, silencio! Voy a dar gracias al cielo, izando la enseña de Castilla y de Aragón.

SALCEDO.—¡Muy bien!

(*Colón iza la enseña y la enseña a todos.*)

UNA VOZ AGUARDENTOSA.—¡Viva el Colón izador! (*Origen de la palabra «colonizador» en la lengua castellana.*)

TODAS LAS VOCES JUNTAS.—¡Vivaaa!

MÚSICA

(*Colón y los hermanos Pinzón se adelantan a la batería*

y, a pesar de que se adelantan a la batería, se quedan más atrás que ella.)

COLÓN.

¡Yo soy Cristóbal Colón!

A. PINZÓN.

Y yo, Alonso.

F. PINZÓN.

Y yo soy Paco.

LOS DOS PINZÓN.

Y los dos somos Pinzón.

LOS TRES.

Somos tres marinos—pero que hasta allí, y ahora descubrimos—la isla Guahananí.

A España mandamos—fel salutación,

¡y también mandamos—la tripulación!

Tri, tri, tri, tri, tri, tri, tri, tripulación.

Al venir acá—la tripulación

ha querido armar—una insurrección,

y del mar que ves,—bajo el cielo gris,

ha estado en un tris—no morir los tres.

¡Los tres, los tres, los tres,

los dos Pinzones y el genovés!

A golpes de mar,—del mar que la baña,

a golpes de mar—salimos de España,

sin necesitar—de nadie remolques...

A golpes de mar.—¡Salimos a golpes!

Y tras de pasar—tres meses muy malos,

no habrá que extrañar—que volvamos a

[Palos.

A Palos de Moguer,—a Palos de Moguer,

a Palos de Moguer,—a Palos de Moguer...

¡Y a ver si va a poder ser

que salgáis de una vez

de Palos de Moguer!

Llegué a esta tierra selvática,

cubierto con mi dalmática,

en la expedición acuática

que se tachó de lunática.

¡Pues, Señor, vaya una plática

tan cursi y tan antipática!

De nuestra gloria gigante

todos sienten el respeto;

CORO.

LOS TRES.

CORO.

COLÓN.

LOS TRES.

CORO.

LOS PINZÓN.

COLÓN.

CORO.

LOS TRES.

y es que somos un terceto digno de firmarlo el Dante.
 ¡Qué grandes somos los tres!
 ¡Los tres, los tres, los tres, los dos Pinzones y el genovés!

CORO.

Los PINZÓN. Tripula marinero,—tripula un año entero.
 Tripula marinero,—que así ganarás dinero.

TODOS. ¡Tripula, tripula,—tripula con ilusioooooón!
 ¡Tripula, tripula—tripula, tripulacioooooón!

(Termina el número en medio de una alegría y de un regocijo que, como algunos campeones del Tiro de Pichón, tiran de espaldas.)

HABLADO

COLÓN.—Bueno, pollos, a ver si hay un poco de seriedad y de circunspección, porque esto de descubrir las Indias occidentales no es ninguna kermesse benéfica.

A. PINZÓN.—¡Bien dicho!

COLÓN.—Durante el viaje no me han mareado las olas; me habéis mareado vosotros, asegurando que yo estaba más loco que un rebaño de cabras, y que no encontraríamos tierra ni para llenar un cubo. Todo os lo perdono con tal de que no os dediquéis al dulce gualicheo, ahora que hemos tocado tierra de verdad.

JUAN DE LA COSA.—¡Ele!...

COLÓN.—No admito el que me jaleen, Juan.

JUAN DE LA COSA.—¡Si no era jaleo! Si es que llamaba a Eleuterio Salcedo.

COLÓN.—¡Ah, bueno! Pero que no se os olvide que tocar tierra no es tocar el «Mariposa».

F. PINZÓN.—¡Eso es hablar!

TRIANA (aparte a Francisco Pinzón).—Observaréis, don Francisco, que el jefe está duro en sus reproches.

F. PINZÓN.—Está hablando...

TRIANA.—¡Está duro!

F. PINZÓN.—Está duro, pero está hablando. Está hablando muy bien.

TRIANA.—¡Ah, vamos! Perdonad el lfo.

F. PINZÓN.—A un viajero se le perdonan todos los líos, Triana.

TRIANA (que está observando a Colón).—¿Y qué va a hacer ahora el italiano?

F. PINZÓN.—¿No lo advertís? Se dispone a entonar un Te Deum.

COLÓN.—Que doble la rodilla todo el mundo. Entonemos un Te Deum en acción de gracias. (Se arrodillan todos los del séquito menos uno, que no se da cuenta, porque aún

está atontado del descubrimiento.) ¿Quién es ese que permanece de pie?

A. PINZÓN.—Ese es un camarero de mi escolta.

COLÓN.—Pues que doble la rodilla el camarero.

A. PINZÓN.—¡De rodillas, Venancio! (El camarero vuelve en sí y se arrodilla.)

COLÓN.—¡Así! Empecemos. ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! Te Deum, laudamus... (Cantan todos a coro. Durante la oración se duermen algunos asistentes. También se duerme un soldado.)

JUAN DE LA COSA (a Salcedo).—¿No creéis que Cristóbal entona mucho?

SALCEDO.—Entona más que un caldo con yemas. ¡Pero nos está dando el Te Deum! Esto es demasiado largo.

JUAN DE LA COSA.—Ahora acaba...

SALCEDO.—¿Cómo? ¿El Te Deum termina ya?

JUAN DE LA COSA.—Digo que ahora acaba de dormirse Francisco Pinzón.

SALCEDO.—Y eso que padecía de insomnios...

JUAN DE LA COSA (muy asombrado).— ¡Repenco!

SALCEDO.—¿Qué os ocurre?

JUAN DE LA COSA.—Mirad hacia este claro del bosque de la izquierda.

SALCEDO.—¿Hacia este claro más claro que los otros claros?

JUAN DE LA COSA.—¡Sí, claro!

SALCEDO (mirando hacia el lugar indicado, en el cual se ve una india, apenas tapada por un cinturón de hojas).— ¡Mi tía, la priora de las Recoletas! ¡Una india!

JUAN DE LA COSA.—¡Es más rica que el marqués de Fontalba!

SALCEDO.—¡Y que enseña más que la experiencia!

JUAN DE LA COSA.—¿La habéis examinado?

SALCEDO.—Sí.

JUAN DE LA COSA.—¿Y qué?

SALCEDO.—Sobresaliente. Estoy deseando hacer el indio. ¡Robémosla!

JUAN DE LA COSA.—¡Eso es un rapto!

SALCEDO.—Un rapto de entusiasmo. Venid. Pasado el momento desagradable del rapto nos sonreirá.

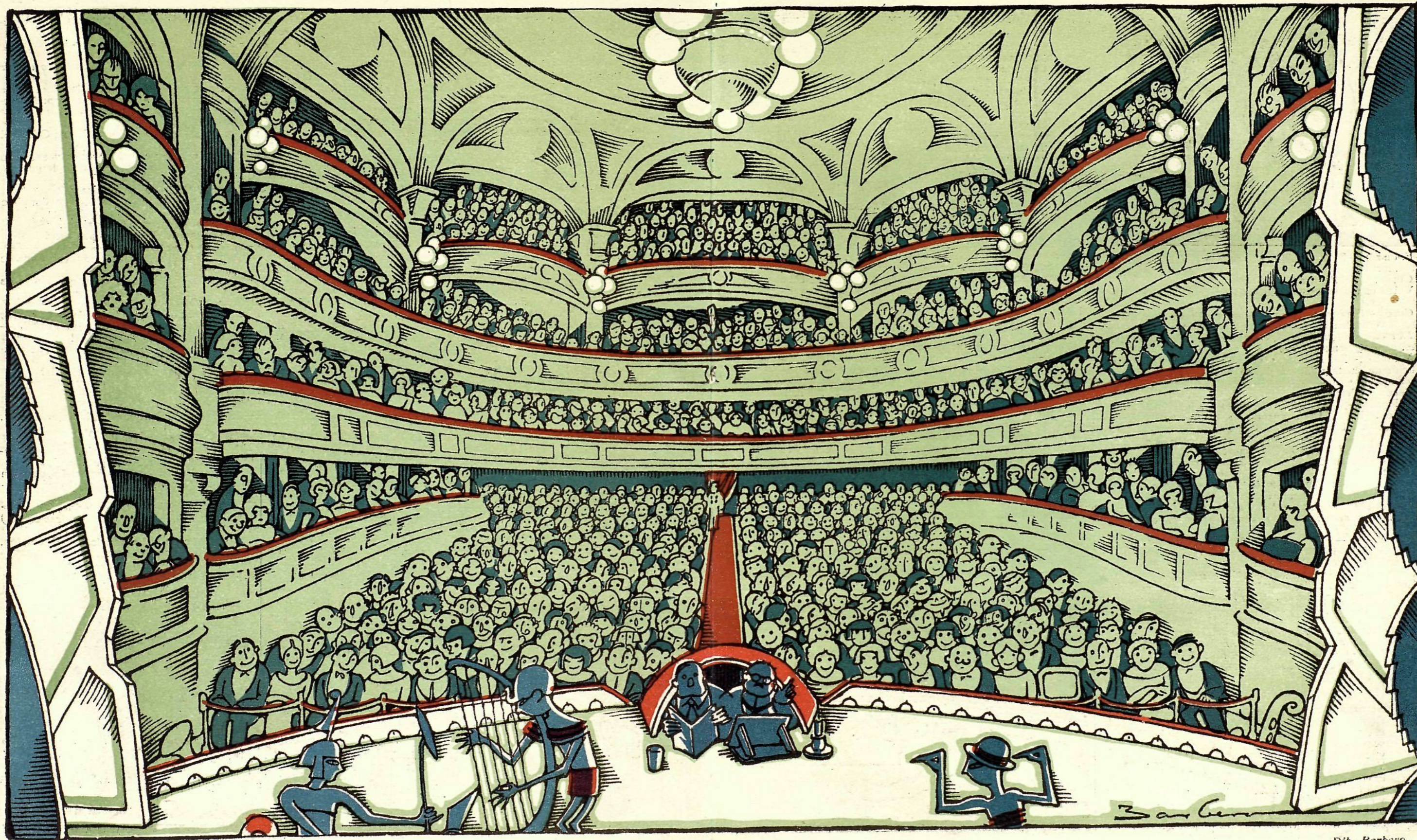
JUAN DE LA COSA.—Tenéis razón. Vamos. La cuestión es pasar el rapto. (Ambos desaparecen por la izquierda.)

COLÓN.—Concluyó el Te Deum. De pie todos. (Todos se levantan, y los que estaban dormidos se despiertan.) ¿Dormíais, Pinzón?

F. PINZÓN.—No; es que meditaba con los ojos cerrados.

COLÓN.—Me pareció que roncábais...





Dib. Barbero.

ASPECTO DE LA SALA LA NOCHE DEL ESTRENO

Ayuntamiento de Madrid



F. PINZÓN.—Sería el ruido que hacen las ideas al brotar en mi mente.

COLÓN.—¡Ya! Señores...

VOCES DE TIMONELES.—¡Chits, chits, que va a hablar. (Todos callan.)

COLÓN.—Señores... Después de meter el remo una infinidad de veces, hemos llegado aquí... (Rumores de «ya lo sabíamos», «noticia fresca», «nos ha sacado de una duda», etc., etc.) ¿Quién rumorea?

A. PINZÓN.—Los marineros, que se hallan entregados a la función de amainar la vela latina de la *Santa María*, capitán.

COLÓN.—¿Pero aún hay gente en la latina?

A. PINZÓN.—¡Claro! Hasta que acaben la función.

COLÓN.—Bueno. Decía que hemos llegado a esta tierra salvaje, indudablemente habitada, y que os recomiendo una absoluta moralidad con sus habitantes, porque la moralidad... (Voces confusas.) ¿Qué ocurre?

TRIANA.—Mirad, Cristóbal. Mirad lo que traen Salcedo y La Cosa.

COLÓN.—¡Regóndola, qué mujer! (Todos rodan a Salcedo y a Juan de la Cosa, que entran con la india, desnuda. Descarga sobre ella una nube de piropos de todas clases. La turba marinera turba a la india con sus mal contenidos deseos.)

UN MARINERO.—¡Miniatura!

OTRO.—¡Sal gema!

OTRO.—¡Manteca de Flandes!

OTRO.—¡Que me gustas más que Torquemada!

COLÓN.—¡Basta! ¡Dejadla! ¡Moralidad, orden, decencia! Ven aquí, desdichada hereje. (Coge a la india de una mano y la lleva aparte.) Bueno, es una media libra de Suchard; pero está como para tomársela con picatostes. (Con el pretexto de ver si está formada igual que las mujeres europeas, la acaricia. Los demás forman grupo aparte, bastante ceñudos.) Lo dicho. Está mejor formada que el ejército de Gonzalo de Córdoba. ¿Te gusto, idólatra? (La india sonríe.)

MÚSICA

COLÓN (muy entusiasmado, a la india):

Ebúrnea jovencita,
si el clima no te daña,
verás mis carabelas
y te vendrás a España.
Vestida a nuestra usanza,
belleza ganarás;
sabrás cuál es *La Pinta*,
y así ganar podrás.

CORO. Y así ganar podrás,—y así ganar podrá.

Nosotros, ¿que ganamos?—Pues no ganamos na.

COLÓN. (A la india, que se tapa el semblante con las manos, descubriéndoselo a la fuerza.)

Tu cara no me ocultes,
que qu'ero verla entera.

CORO. ¡Colón la ve la cara;
Colón la cara vela!

COLÓN. Que ya estoy que tropiezo
por lo que a tí respecta,
pues eres una alhaja;
casi una perla Kepta.
Eres una india
como pa volcar...

¡Al lado de esta india
yo me hago side-car!

CORO. ¡El se hace side-car,
él se hace side-car,
y a nosotros nos hace
la pascua el capitán! (Acaba el número).

[HABLADO

COLÓN.—Compañeros... Moralidad y decencia. Esa es la base en que se apoya el programa de los navegantes geniales. Soy el capitán de la flotilla, y estoy en el deber de apartaros del mal camino. Por eso, para evitar que faltéis a la moralidad y a la decencia, yo me coadligo con esta india. (Gritos de protesta.)

UN MARINERO.—¡Qué guapo!

OTRO.—¡Goloso!

OTRO.—¡Colón, agáchate, que te hemos visto!

OTRO.—¿Te crees que somos de pueblo, Cristóbal?

COLÓN.—¡Silencio! ¡Silencio! ¿De qué os quejáis? ¿Estais fuertes y sanos, sois jóvenes, y para que vuestros nombres pasen a la posteridad, los reyes os han dado un Colón.

F. PINZÓN.—El que quiere darnos un colón sois vos mismo. ¡Y a eso no hay derecho!

A. PINZÓN.—¡Naturalmente! Porque vos pretendéis barrer para adentro, y aquí en seguida se pilla al que barre.

COLÓN.—¡Vive Dios! ¡Me ofendéis!

SALCEDO.—¡Menuda polvareda están armando entre ¡los que se pillan y el que barre!

COLÓN.—Entonces, ¿quién es el dueño de la india?

F. PINZÓN.—¡Yo que sé!

JUAN DE LA COSA.—Esa conducta, Cristóbal, me tiene muy quemado.

SALCEDO.—La Cosa está que arde.

A. PINZÓN.—Y los marineros que se hallan junto a las velas empiezan a quemarse también.

COLÓN.—Acabemos. ¿Qué pretendéis?

TRIANA.—Que se sortee la india.

VOCES.—¡Sí, sí! ¡Eso!



El descubrimiento de América

Colón (muy entusiasta)

tpp
se
Fox-trot

¡Pierneajo ven ci ta, siel clima no te
da na, vé ras mis ca ra be las y te ven dras als
pa na. Ves ti da i m ue str a san - ra be lla ra ga na ras;
subrás ual es La Pin ta" ya si ga uar po drás. etc
etc

Para "Buen humor"
Jacinto Guerrero
Madrid 1924

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Canción de Colón. Música del Maestro Jacinto Guerrero.

COLÓN.—¡Se la rifan, está visto! Bueno. Pues la india será de aquel que diga antes ¡viva la reina Isabel!

VOCES INDISTINTAS.—¡Viva la reina Isabel! ¡Viva la reina Isabel!

COLÓN.—Habeis perdido. He ganado yo. Porque yo he sido el primero que ha dicho ¡viva la reina Isabel!

F. PINZÓN.—¡Pues es verdad!

JUAN DE LA COSA.—¡Es verdad!

SALCEDO.—El ha ganado. Nos ha repetido el truco del huevo pasado por agua...

COLÓN.—Os convenceis de ello, ¿verdad? Pues mientras

yo voy a aquellas malezas a enseñarle a la india el castellano, entonad vosotros un Te Deum. (*Hace mutis con la india*)

A. PINZÓN.—¿Otro Te Deum?

TRIANA.—¡Ahora lo va a cantar el Cardenal Cisneros! (*Cae el telón y le da a Triana en la nuca.*) ¡Mi madre! (*Entre todos se llevan a Triana accidentado, y baja del todo y sin más tropiezos el*

Telón.

CUADRO VIII



UN RATO EN VENECIA

CUADRO DRAMÁTICO DEL RENACIMIENTO CON DOS CHISTES INFAMES. LETRA DE JOSÉ LÓPEZ RUBIO. MÚSICA DEL MAÉSTRO ALONSO. DECORADO Y FIGURINES DE PENAGOS

Personajes: Benedetto della Quercia (*enamorado*), Savino Parentucelli (*senador*), Isolda (*su hija*), Guido Patipalli (*sastre*), Bisulfetto (*transeunte*), Desiderio Marsupini (*policia*), Secuaz 1.º, Secuaz 2.º, Secuaz 3.º, Secuaz 4.º, Un gondolero, Coro de gondoleros, Coro de venecianas (*segundas tiples*).

La acción en Venecia el día 30 de mayo de 1511.

CUADRO ÚNICO

La escena representa una calle de Venecia. Al fondo, el canal. Es por la tarde y comienza a obscurecer. Sobre el canal se comba una especie de puente de los suspiros. A la derecha, una sastrería. A la izquierda, un palacio. En la muestra de la sastrería se lee:

— — — AL CORTE MILANÉS — — —
— — ELEGANCIA Y ECONOMÍA — — —
TRAJES DE SENADOR, DE GENOVÉS, DE FLORENTINO, DE MILITAR Y DE PISA—
— NO (1). SE ADMITEN GÉNEROS —

(1) Primer chiste infame.

(Al levantarse el telón, se oye la canción de los Gondoleros. A los últimos compases de esta linda canción, cruza la escena Antonio y comienza a charlar con Patipalli).

CANCIÓN DE LOS GONDOLEROS

¡Ohé! ¡Ohé!
Somos los gondoleros,
los gondoleros,
que en el canal veneciano
nos deslizamos certeros
con nuestro remo en la mano.
¡Ohé! ¡Ohé!
En el canal veneciano
rema el pobre gondolero,
lo mismo en el mes de enero
que en el rigor del verano.
¡Ohé! ¡Ohé!
Somos los gondoleros...

(Se pierden las voces; inútil quererlas encontrar.)

BISULFETTO.—Buenas tardes, Patipalli.

PATIPALLI (*es cojo y pequeño*).—Hola, Bisulfetto, ¿qué hay de nuevo?
BISULFETTO.—Malas noticias.

PATIPALLI.—¡Siempre malas noticias! Desde que Venecia sufre los rigores de la tiranía de los Dux, todo va de mal en peor.

BISULFETTO.—Más de veinte sentencias de muerte ha aprobado hoy el Consejo de los Diez...

PATIPALLI.—¡Por la Santa Madonna del Pinturiccio, que son sanguinarios!

BISULFETTO.—Por cualquier cosa se condena a un hombre...

PATIPALLI.—¡Y a los tormentos más atroces!

BISULFETTO.—¡Dios nos libre! Entre los condenados, hay un amigo tuyo...

PATIPALLI.—¿Quién? ¿Acaso Benedetto della Quercia?

BISULFETTO.—El mismo.

PATIPALLI.—Lo suponía. El senador Parentucelli, mi vecino (*señala al palacio de la izquierda*), no le perdona el que esté enamorado de su hija y, sobre todo, las copias que le ha sacado a él con la música de ese estribillo tan conocido de «¡Una copita de Chianti!» Y ahora que la venganza y la tiranía reinan en Venecia...

BISULFETTO.—¿Eres tú quien le hace al audaz Benedetto della Quercia sus famosas capas rojas, que se han hecho con él tan célebres como sus aventuras?

PATIPALLI.—Yo soy. Ahora le tengo terminadas cinco de repuesto.

BISULFETTO.—Pues, por ahora, no volverá Benedetto a Venecia.

PATIPALLI.—Mal le conoces. Volverá cuando se le antoje y no lograrán atraparle. ¡Es mucho hombre! Pero, chitón... El senador Parentucelli se acerca con sus esbirros... Cerraré mi tienda, por si acaso. Como se temen jaleos, y siempre pagan los cristales de los escaparates todas las revoluciones...

BISULFETTO.—Adiós. (Vase. Patipalli, cierra su tienda. Obscurece.)

SAVINO PARENTUCELLI. (Senador, seguido de Marsupini y los cuatro secuaces. Tipo de senador, naturalmente). Es necesario que la orden del Tribunal de los Diez se cumpla a rajatabla. Benedetto della Quercia debe morir. Vuestras vidas me responden por la suya. Es necesario que lo hagáis mejor que el mes pasado. Aún no comprendo cómo pudo escaparse de las manos ese infame, cuando os ordené que lo arrojarais al canal...

DESIDERIO MARSUPINI.—Se hizo como mandó vuestra señoría, de arrojarlo al canal. Y como sabíamos lo diestro que es Benedetto en nadar y hacer la plancha, quisimos evitar que se salvase a nado, para lo cual se dispuso que uno de los nuestros, Petruccio, esperase debajo del agua a que nosotros arrojásemos a Benedetto y,

en seguida, le sujetase bien de una pierna para evitar que se escapase y no tuviese más remedio que ahogarse.

SAVINO.—¡Excelente idea! Pues no



me explico cómo, con tan sabia prevención, se escapase el infame Benedetto con vida...

DESIDERIO MARSUPINI.—Se escapó nadando, señoría. Cuando le echamos al canal, ya se había ahogado Petruccio mientras le esperaba en el fondo...

SAVINO.—¡Oh, desgracia! Ahora es preciso disponerlo todo para que no se escape. Benedetto salió ayer de Génova, e ignorante de la condena que he conseguido del tribunal, al mismo tiempo que deseoso de ver a mi hija, en quien ha puesto sus torpes ambiciones, como de molestarme a mí, vendrá a Venecia de hoy a mañana. Vigilad mi casa, un poco alejados, para no espantarle cuando se acerque. El silbido que lanza al balcón de mi hija, es daré la señal de su llegada.

DESIDERIO MARSUPINI.—Se hará como manda vuestra señoría.

SAVINO.—Yo vuelvo, en tanto, al Palacio Ducal. (Cruza el fondo una góndola.) Tomaré esta góndola que se acerca. ¡Eh, gondolero! ¿Está libre?

GONDOLERO.—Voy a encerrar. (Se aleja con su góndola, tarareando aquello de «Somos los gondoleros»...)

SAVINO.—Iré a pie entonces. Ya lo sabes... Al que me traiga la capa roja de Benedetto, le daré mil escudos de oro. (A Desiderio). Vamos. (Vanse.)

SICARIO 1.º—No son poca cosa mil escudos de oro...

SICARIO 2.º—Y con lo malos que están los tiempos, Duccio de Rienzo...

SICARIO 3.º—Será mejor turnarnos en la vigilaría...

SICARIO 4.º—En la taberna de Giovanetto lo decidiremos todo. (Vanse). (Entra en escena, sigilosamente Benedetto della Quercia, envuelto en su capa roja.)

BENEDETTO.—Por unos minutos, tengo el campo libre... No hay sino obrar con cautela. (Llama a la tienda de Patipalli.)

PATIPALLI (dentro).—¿Quién interrumpe mi sueño?

BENEDETTO (dice la consigna).—Tutti fruffi.

PATIPALLI.—¿Es posible? ¿Vos en Venecia? (Abre la puerta y sale con una vela encendida.)

BENEDETTO.—Soy yo y no mi ánima.

PATIPALLI.—Huye de Venecia, señor. Esto es una imprudencia. Os buscan, os matarán, estáis sentenciado...

BENEDETTO.—No temas. Me marcharé pronto, pero cuando haya robado su tesoro al senador, Patipalli.

PATIPALLI.—¿Quieres robarle? ¿Sabes dónde tiene todo su oro?

BENEDETTO.—¿Todo su oro? ¡Como no lo tenga en un diente!... Está medio arruinado... No quiero su dinero, sino su hija.

PATIPALLI.—¿Váis a robar a Isolda?

BENEDETTO.—Se hará lo posible... Cuento con tu ayuda...

PATIPALLI.—¿Queréis comprometerme?

BENEDETTO.—¿Acabaste mis capas rojas que te encargué?

PATIPALLI.—Están dispuestas.



PENAGO
XXIX



BENEDETTO.—¡Milagro de sastrería! Escucha, necesito los maniqués de tu sastrería para... (le dice unas palabras al oído). ¿Eh?

PATIPALLI.—Muy bien. Me parece muy bien.

BENEDETTO.—¿Lo harás?

PATIPALLI.—Contad con toda mi lealtad.

BENEDETTO.—Bien. Así tendré tiempo de hacerlo todo, sin temor al puñal de esos malvados. Ahora, a llamar al corazón de Isolda. (Saca una mandolina.) Yo llevo siempre esto para las mujeres.

PATIPALLI.—¿Y para los hombres?

BENEDETTO.—Tabaco. (Le da un pitillo.) Alé. (Vase Patipalli.) Cantemos a la hermosa:

BENEDETTO.

Sal Veneciana
labios de grana,
sal al alféizar
de tu ventana
dora galana
si tienes gana.

GONDOLeros

(dentro, a una respetable distancia).

¡Ohé! ¡Ohé!

BENEDETTO.

Mi amor se inflama
mi voz te llama
sal que te espera
quien bien te ama
y ya se escama
¡sal de la cama!

GONDOLeros (dentro).

¡Ohé! ¡Ohé!

BENEDETTO.

Si me echaras una escala
subiría a consolarte
y si no me la echas pronto
yo la escala voy a darte.
Do, re, mi, fa, sol, la, si, do,

HABLADO.

¡Caray, pues no llego! Subiré un poco más.

MÚSICA.

re, mi, fa, sol, la, si, do.

GONDOLeros.

¡Ohé! ¡Ohé!

BENEDETTO.

Abre los cristales
que hasta tí he llegado,

abre y no seas pelma
que la noche es fría
y ya estoy helado.
Abre, que te espero,
abre, por favor,
mira que un catarro
de esos que te valda
me cuesta tu amor.

GONDOLeros.

¡Ohé! ¡Ohé!

BENEDETTO (estornuda).

¡Atchiss!

¡Tu amor!

(Hace la escala y sube hasta el balcón; entra dentro de la casa.) Yo te salvaré de este encierro. (Patipalli saca de su tienda un maniqui envuelto en una capa roja, como la de Benedetto, y lo coloca junto al canal. Silba prolongadamente y se oculta. Entra el sicario 1.º)

SICARIO 1.º—He oído silbar. Ahí está. Prudencia. (Se acerca sigilosamente, apuñala al muñeco, lo empuja al canal, arrancándole la capa.) A otra cosa. He ganado mil escudos.

BENEDETTO (saliendo al balcón con

Allegretto tranquillo.
Piano

Benedetto.
Sal veneciana labios de grana sal al alféizar de tu ven-
ta- na ga- na si tienes ga- na... ¡Ohé! ¡Ohé!

Gondoleros dentro y a una respetable distancia. Benedetto.
Mi amor se inflama mi voz te llama sal que te espera quien bien te ama y ya se escama sal de la cama... ¡Ohé! ¡Ohé!

Gondoleros.
Si me echaras una es- cala su- biría a con- solarte y si no me la echas pronto yo la es- cala voy a dar- te.
Do, re, mi, fa, sol, la, si, do,



La Revista BUEN HUMOR.—El cuarto de la señorita Manuela, primera tiple.

Isolda.—Todo lo he arriesgado por tí. Huyamos.

ISOLDA.—¿Qué dirá mi padre?

BENEDETTO.—Alguna grosería, como siempre. Mas, chitón. (*Patipalli ha hecho el mismo juego y con las mismas palabras que el 1.º; el sicario 2.º apunta al mañique.*)

BENEDETTO.—Y van dos. Huyamos a Florencia, a Roma, a Génova, donde sea. Italia renace... sólo Venecia vive en la tragedia y la tiranía... Lejos de aquí, donde el amor y el arte nos rodeen, donde eleven nuestros espíritus majestuosos del Bramante... ¿Viene alguien?

ISOLDA.—No.

BENEDETTO.—¿Por dónde iba? He perdido el hilo...

ISOLDA.—Por el Bramante (1).

BENEDETTO.—Ahora, huyamos. Enviaremos una carta a tu padre despidiéndonos. Además, le diremos dónde tiene que enviarte la ropa de invierno.

ISOLDA (amorosamente).—Estás en todo. (*Entran en la casa y se repite el crimen con el sicario 3.º.*)

(1) Segundo y último chiste infame.

ISOLDA (en la calle).—Adiós, casa de mi padre... Adiós, patria mía...

BENEDETTO.—Mi coche aguarda...

PATIPALLI.—Feliz viaje. Aún queda un sicario. Silbaré para que se acerque. (*Silba.*) Mas, ahora que me acuerdo, no tengo ya más maniqués. ¿Qué hacer? ¡Ah, qué idea! (*Entra en la tienda y se pone una capa roja, colocándose como estaban los muñecos. El sicario 4.º se acerca y le hiere. Al quitarle la capa, grita:*

SICARIO 4.º.—¿Qué veo? No eres Benedetto, sino Patipalli el sastre...

PATIPALLI.—Pues ahí está lo gracioso. ¡Vaya un chasco! (*Muere.*)

SECIAZ 4.º.—¡Qué horror! (*Huye.*)

SAVINO (acompañado de Desiderio) Este papel lo dice. Mi hija ha sido robada por Benedetto, y yo me he arruinado comprando capas a mil escudos. (*Lleva todas las capas al brazo.*) ¡Oh! desgracia! Yo muero. (*Cae muerto.*)

(*Cuando Desiderio no sabe qué hacer ni con qué frase terminar este emocionante cuadro, las segundas tiple, con sugestivos trajes de venecia-*

nas del siglo XV, salen levantando la pierna, como en las demás revistas.)

MÚSICA

En las noches de Venecia siempre ocurren fieros males luchas, amores, suspiros, muertos, besos... y canales. La noche lo ha visto todo, la luna lo vió también, igual ustedes lo han visto.

HABLADO

Y qué, ¿les parece bien?

ESTRIBILLO

Venecia es así,
Venecia es así.
No lo puede evitar.
Y esto que pasa aquí,
No es muy particular.
¡Venecia es así!

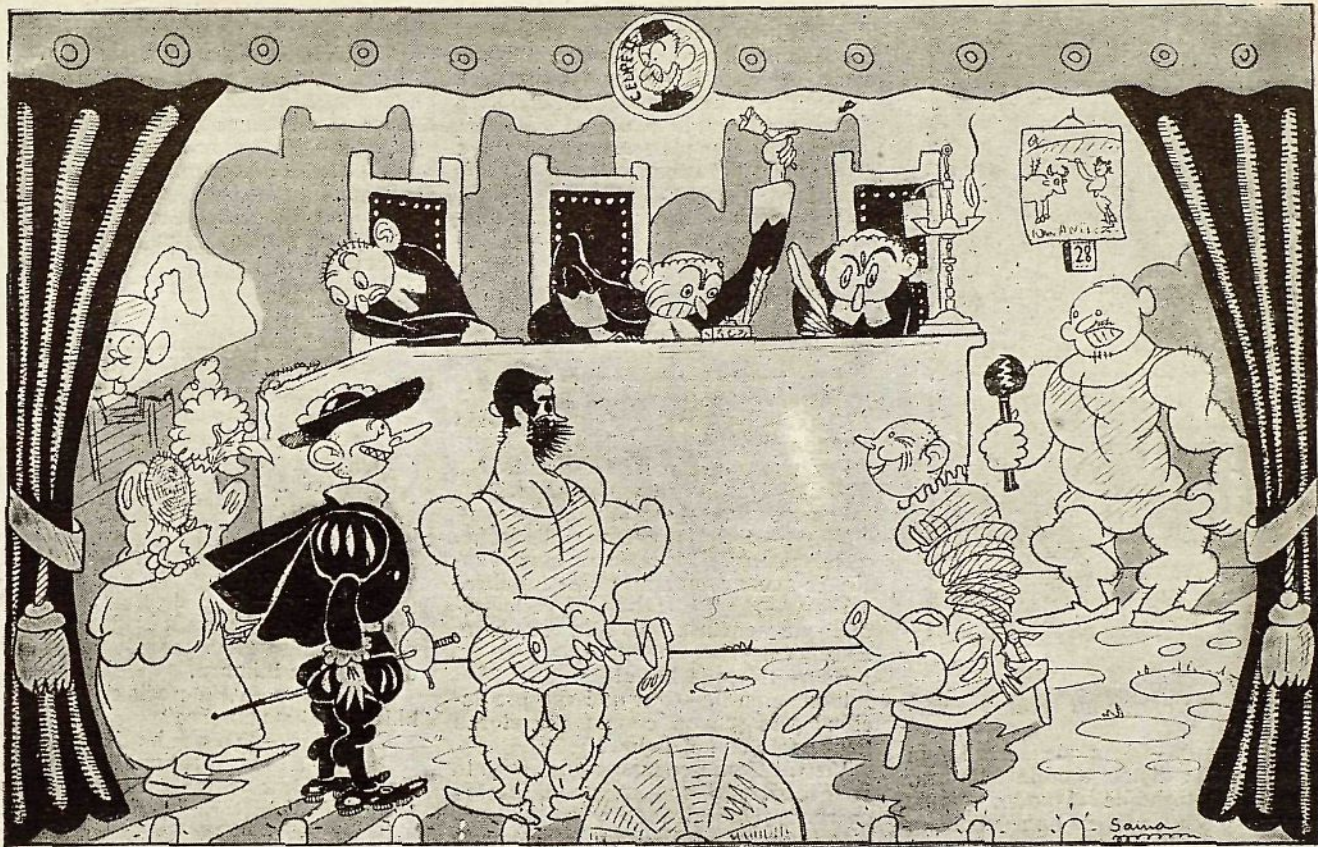
(*Evolucionan y pueden repetir el número, si los espectadores no han comenzado todavía a tirar piedras.*)
En este último caso, cae en seguida el

TELÓN

Handwritten musical score for "UN RATO EN VENEZIA. SERENATA" by Alonso. The score is written on four staves with lyrics in Spanish. It includes various musical notations such as clefs, time signatures, and dynamic markings. There are handwritten annotations and corrections throughout the score, including "ad libitum", "Gandlenis", and "Benedetto latamin a claus! Benedetto". The score ends with a large signature "Alonso".

UN RATO EN VENEZIA. SERENATA. Música del maestro Alonso

CUADRO IX



LA SANTA INQUISICIÓN

TEXTO DE A. R. BONNAT, DECORADO Y VESTUARIO DE SAMA

El tribunal del Santo Oficio, en los tiempos en que lo había. Tres inquisidores sentados detrás de la mesa y delante un banquillo para los acusados. No hay público y sí mucha oscuridad.

PRESIDENTE.—Introduzcan al acusado.

VERDUGO.—Viene incompleto, por que durante el tormento ha habido necesidad de arrancarle una pierna para que confesase sus delitos.

PRESIDENTE.—Introduzcan la pierna también.

(Sujeto por dos individuos más feos que el acto de pegar a su padre, entra el reo, sangrando y que, más que individuo humano, parece una mondonguería amoullante.)

REO.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay mi madre!

PRESIDENTE.—Sentaos, que ahíos volverán las fuerzas.

REO.—¿Y mi pierna? ¿Es que me la devolverán también?

PRESIDENTE.—El tribunal resolverá.

REO.—Es que estrenaba medias y ha quedado descabalado el par.

PRESIDENTE.—Según el sesgo que tome el interrogatorio.

REO.—Es que ese par...

PRESIDENTE.—Silencio. Ya le digo que ese par es del sesgo. ¿Cómo os llamáis?

REO.—Yo a mí mismo no me llamo, me llaman.

INQUISIDOR II.—¿Ironías tenemos? Que le azoten.

REO.—Que no se molesten. Me llamo Ugo Monreal.

PRESIDENTE.—¿Sois hechicero?

REO.—Eso me han dicho algunas que me amaron, pero lo tomé por piropo.

PRESIDENTE.—Tenéis pacto con el demonio, fabricáis bebedizos, expendéis moneda falsa y voláis por el aire.

REO.—Permitidme, señor presidente, que os llame pedazo de primo. Si yo hiciera todas esas cosas, ¿estaría aquí?

PRESIDENTE.—¿Dónde estaríais?

REO.—Libre y dándome la gran vida. En la grada de San Felipe comentando los sucesos, o tendido al sol junto al Campillo.

PRESIDENTE.—De modo que ¿grada o tendido?

REO.—De algo habían de valerme mis recursos sobrenaturales.

PRESIDENTE.—¿Negáis?

REO.—¿Que vuela? Naturalmente, ahora que desde aquí, en adelante, y como me habéis quitado una pierna no podré correr y me dedicaré a volar, porque ya es sabido, que el que no corre, vuela.

INQUISIDOR III.—Me parece que el reo se pitorrea.

REO.—Protesto. Seré reo, pero no pito-rreo.

PRESIDENTE.—Adelante. ¿Qué hacéis con la manteca?

REO.—La unto en pan para el desayuno.

PRESIDENTE.—Me refiero a la que extraéis de los cadáveres que desenterráis de los cementerios por las noches.

REO.—¿Que yo desentierro? ¿Que yo voy al cementerio por las noches? ¿Que yo levanto muertos? Permitidme que me ría. ¡Ja, ja, ja!...

INQUISIDOR II.—No os riáis que esto es serio y no cosa de juego.

REO.—Pues porque no es cosa de



juego, es por lo que no levanto muertos.

PRESIDENTE.—Dicen que merced a un bebedizo que disteis a doña Aldonza, ésta se trastornó de tal modo, que de austera y reposada, se ha trocado en ligera y casquivana, hasta tal punto, de que ha sido sorprendida bailando un tango titulado «Ahí duele».

REO.—¿Dónde?

PRESIDENTE.—En la pureza de sus costumbres. Vos sois el culpable.

REO.—¿De que doña Aldonza tanguée? Vamos, señor presidente, estáis completamente mochales.

INQUISIDOR II.—Vuelve a chunguearse el reo.

REO.—Es que se me acusa de verdaderas idioteces; doña Aldonza ha tanguéado porque presente la moda y para hacerlo, no necesita una mujer que la den un bebedizo, con dos *cock-tails* y una de N. P. U. ya está que R. I. P.

PRESIDENTE.—Dejaos de fugas de letras, y a lo que estamos. ¿Sois o no brujo?

REO.—¡La bruja lo será su madre de usted!

INQUISIDOR III.—Además de ironista, insultador.

PRESIDENTE.—Se tendrá en cuenta.

REO.—Después de las barbaridades que han hecho conmigo, me es igual todo.

PRESIDENTE.—Se os pondrá una hopa negra y en la plaza pública se os verterá encima caldo de plomo derretido.

REO.—Repito que me es igual todo y lo mismo me da caldo, que hopa.

PRESIDENTE.—Se os acusa también

de sacar a los mencionados cadáveres el corazón y los hígados para...

REO.—¿Para hacer croquetas?

PRESIDENTE.—Una especie de bollos que facilitáis a los que acuden a vos, deseosos de un remedio para hacerse amar, despertando en la persona que ellos quieren un fuego de pasión que se asemeja al de un horno.

REO.—Ya. Y para ese horno es para el que yo quiero los bollos. ¡No decís más que tonterías!

PRESIDENTE.—Silencio. Que introduzcan a los testigos.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y UNA VIEJA

VIEJA.—Alabado sea Dios.

PRESIDENTE.—Así sea. ¿Quién sois?

VIEJA.—La castañera que ha sido llamada por el Santo Oficio.

PRESIDENTE.—¿Cuál es el vuestro?

VIEJA.—Dar la castaña... asada.

PRESIDENTE.—¿Qué sabéis?

VIEJA.—Sacar las castañas del fuego.

PRESIDENTE.—Me refiero a las acusaciones que pesan sobre este hombre.

VIEJA.—¿Sobre Ugo? Que ya le predije que acabaría mal. ¿Lo ves, Ugo, como acerté?

REO.—¡Maldita bruja!

INQUISIDOR II.—¿Por qué esa predicción? ¿Es que os consta que el reo tiene pacto con el diablo?

VIEJA.—Como constarme no, pero lo sospecho. ¡Yo no he visto al de los cuernos! ¡Qué miedo!

PRESIDENTE.—Bien, pero sin haberle visto podéis saber...

VIEJA.—Sé que este ciudadano no tiene hacienda, ni trabaja, ni se sabe de dónde procede el dinero que derrocha en diversiones, comilonas y franquicias. Hay quien dice que su mujer...

PRESIDENTE.—¿Es guapa?

VIEJA.—Guapísima.

PRESIDENTE.—¿Y decís que no habéis visto al de los cuernos? Porque este hombre tiene, indudablemente, pacto con él. Aseguran que fabrica bebedizos y que roba corazones.

VIEJA.—¿Con ese tipo? Parece mentira.

PRESIDENTE.—Corazones o hígado.

VIEJA.—Pamplinas. Eso del hígado pa el gato. Este hombre es más infeliz que un cubo. No tiene más que una mujer guapa.

INQUISIDOR III.—Dé más detalles. El Tribunal necesita apreciar la gravedad del asunto.

REO.—Si la hubiera.

PRESIDENTE.—Cállese.

REO.—Callo, pero protesto de la dureza con que se me trata.

VIEJA.—Callo... Dureza... Este hombre es un específico para los pies.

PRESIDENTE.—Sigamos el interrogatorio. Diga la testigo. ¿Ha oído decir que este hombre se ha comido a un niño crudo?

VIEJA.—No; nilo hubiera creído, porque no tiene cara de comerse a los niños crudos.

REO.—Ni me gustan. Puede que a otros sí, pero cada uno tiene sus gustos. Otros, los niños; yo, cabrito.

PRESIDENTE.—Silencio. Ya vendrá el interrogatorio sobre su vida particular. A ver, la castañera ¿no da más luz?

VIEJA.—¿Que si no doy a luz? Señor presidente, a mis años...

PRESIDENTE.—¡Reporra! ¡Que no he dicho eso! No se haga ilusiones. Digo ¿que si no tiene más que declarar?

VIEJA.—No.

PRESIDENTE.—Otro testigo.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y UN CORCHETE

CORCHETE.—A las ordenes del Santísimo Tribunal.

PRESIDENTE.—¿Vos que sois?

CORCHETE.—Corchete a las ordenes de su majestad el rey Q. D. G.

INQUISIDOR II.—¿Que de gé? ¿Que quiere decir eso?

CORCHETE.—Que deje de fastidiar tanto en lo de perseguir brujos y gente que, después de todo, es más infeliz que un pelele de mimbre.

PRESIDENTE.—¿No creéis en la culpabilidad de este hombre?

CORCHETE.—¡Yo que he de creer!

REO.—Ya lo ve el tribunal. La manifestación de este representante de la justicia es la mejor muestra.

PRESIDENTE.—¡Qué ha de ser! Se ha





¡narices! huelen a gasolina y a caldo Maggi y se quedan todos un poco desconcertados. Cuando ya no queda una flor, ni para un piropo, se abrazan. las jardineritas como si a todas se les hubiese muerto su padre y cogidas por el talle levísimo y levantando unánimemente las pantorrillas —una cada una, porque si levantasen las dos a un tiempo se caerían al suelo—se repliegan hacia la segunda caja de la derecha mientras cantan.)

Jardinerita, jardinerita
 flor de aventuras y galanteos
 somos más grandes,
 somos más grandes
 que la pirámide de Cheops.
 Jardinerita, jardinerita
 estás de guapa que das mareos
 a los bonitos,
 a los bonitos y a los feos.

(Hacen mutis y el público aplaude mucho, porque creía que ya no se iban nunca.)

HABLADO

(Por la izquierda, entran siete marquesas vestidas de pastorcitos de Walteau, aunque lo disimulan bastante bien.)

MARQUESA 1.^a—¡Qué hermoso es!

MARQUESA 2.^a—A mí me gusta más que un paseo en lancha.

MARQUESA 3.^a—Y que tiene un modo de mirar que no se le puede negar ni un rizo de pelo.

MARQUESA 4.^a—Ni un bucle.

MARQUESA 5.^a—A mí, si me pide la peluca entera, se la dono.

MARQUESA 6.^a—Yo, desde que le he visto, he torcido los tacones de seis pares de zapatos.

MARQUESA 7.^a—¿Quién será?

MARQUESA 1.^a—Ya está aquí. ¡Oh!

(Aparece JUAN, vestido a la moda de 1740. Está hecho una pena.)

MÚSICA

JUAN. Muy buenas tardes, señores.

MARQUESAS. Somos señoras.

JUAN. —¡Vaya una plancha!

MARQUESAS. Muy buenas tardes.

JUAN. —Esta casaca me viene ancha.

Son las siete encantadoras.

Son las siete menos diez. *(Mirando el reloj.)*

MARQUESAS. Muchas gracias caballero.

JUAN. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Desde que estoy en Versalles

y apenas llevo dos horas

¡qué ojos he visto y qué talles!

¡Repompadour, qué señoras!

Graciosas figulinas,

Florinda, Luz y Patro,

sois bellas, sois divinas;

juguemos a las cuatro esquinas...
 MARQUESAS. Favor que usted nos hace; nosotras no jugamos...
 Se quedaría siempre, porque las siete corremos como gamos.
 JUAN (Aparte). Parece que he causado sensación parece que las logro interesar. De fijo que me dan su corazón si a tiempo yo las doy un empujón.
 MARQUESAS (Aparte). ¡El caballero es seductor! ¡El caballero es mi ilusión!
 ¡A mi me ha puesto el corazón como el motor de un camión Ford.
 Si me dan a escoger lo preferiría yo a Molier (1), a Volter (2), a Wattó (3) y a Russó (4). ¡Qué guapo, qué fino, qué bien educado!
 JUAN. Estoy haciendo el chino, porque aún no me he lanzado.
 MARQUESAS. (Al mismo tiempo).
 JUAN. ¡El amor el amor! ¡Es un invento superior!

HABLADO

JUAN.—Estoy más encantado que el protagonista de un cuento de hadas. Supongo que tendré el gusto de volverlas a ver, ¿no?
 MARQUESAS.—¡Sí, sí! (Juan se despide de ellas, una por una, besándoles las manos.)
 MARQUESA 1.^a (aparte, a Juan).—Esta tarde, a las tres, en el bosquillo de Diana.
 JUAN.—¡Diana, a las tres! ¡Es raro!
 MARQUESA 2.^a—A las tres y media, junto a la fuente de las Tres Gracias.
 JUAN.—¡Las Tres Gracias! No hay de qué darlas.
 MARQUESA 3.^a—A las cuatro, en el templete de Dafnis y Cloe. (Y así sucesivamente, van citando a Juan en diferentes sitios. Luego hacen mutis.)
 JUAN.—Bueno; tengo la tarde más ocupada que un teatro en noche de estreno. Y es que en punto a señoras, soy un as como para barajarme. No he hecho más que llegar y ¡catapum!, siete marquesas, enajenadas por mi tipo. Y es que tengo una mirada que parte un ladrillo. (Entra un botones de la época, con cara de estufa.)
 BOTONES.—Caballero...
 JUAN.—Al aparato. ¿Qué ocurre?
 BOTONES.—La correspondencia...
 JUAN.—¡Atíza! ¡Hasta me escriben! ¿No digo? Tipo que tengo y que castigo más que un escolapio. Gracias, rico. (Le da unas perras.) Toma, para pirulís de la Habana. (El botones se va. Abriendo las cartas.) A ver qué me ponen... Me ponen en un aprieto, porque me dan citas a todas horas del día. ¡Esto es magnífico! (Entra Luis XV.)
 LUIS XV.—Buenos días, caballero.
 JUAN.—Muy buenos.
 LUIS XV.—Yo soy Luis XV.
 JUAN.—Tanto gusto. (Aparte.) Será un Luis, pero parece un ochavo moruno.
 LUIS XV.—Vengo a pedirle a usted un favor. ¿Me lo hará usted?
 JUAN.—Yo le hago hasta juegos de manos.
 LUIS XV.—Muy agradecido.
 JUAN.—Igualmente.
 LUIS XV.—Se estima.

(1, 2, 3 y 4). Mollère, Voltaire, Watteau y Rousseau, naturalmente,

JUAN.—A sus órdenes.
 LUIS XV.—Y yo a las suyas.
 JUAN.—Muy cortés... (Aparte.) ¡Cómo se nota que estamos en Versalles!
 LUIS XV.—¿Una pregunta?...
 JUAN.—Una pregunta o el Ripalda entero. Me da igual.
 LUIS XV.—¿Qué hace usted para conquistar tan fácilmente? Mi corte está más revuelta que una garrafa de agua de limón. La Pompadour me ha dado dos disgustos y ya no me miran al físico ni madame de Wailly, ni la duquesa de Chateauroux, ni la marquesa de Bouchandier. Todas están locas por usted. ¿Qué las da, amigo Juan?
 JUAN.—Las doy pena. Eso es todo.
 LUIS XV.—¿Pero de verdad que no usa usted ningún filtro de amor para convencerlas?
 JUAN.—Yo no uso filtro ni para el agua.
 LUIS XV.—¿Y qué he de hacer para que me amen?
 JUAN.—Ponga usted cara de idiota y lo logrará. Las mujeres presumen de listas y el hombre debe hacerse el tonto. No se le olvide esta proporción matemática: «las listas son al tonto, como el tonto es a las listas.»
 LUIS XV.—Entonces, ¿me hago el tonto a listas?
 JUAN.—A listas y a cuadros. Me voy, que tengo una cita. Hasta luego. (Se va por el foro.)
 LUIS XV.—Está bien. Me haré el imbécil. (Se queda en la izquierda poniendo cara de idiota. El público aplaude la perfección del gesto. Entra Manuela por la izquierda.)
 MANUELA.—He visto a Juan con una mujer y la iba besando los labios. Me atrevo a suponer que me es infiel. Pero estoy decidida. Le daré un mal rato. Elegiré cualquier hombre imbécil para simular que le engaño y volveré a mis brazos a escape.
 LUIS XV (aparte).—¡Hermosa mujer! Voy a probar con ella la nueva táctica de hacerme el memo. (Alto.) ¡Oah! ¡Oah! (Da unos gritos con cara de imbécil.)
 MANUELA.—Este debe de ser idiota de nacimiento. He aquí mi hombre. Caballero...
 LUIS XV.—¿A qué hora es la misa de las doce y media, señora?
 MANUELA (aparte).—De lo más estúpido. ¡Muy bien! (Alto.) ¡Caballero, le amo! (Se abraza a él.)
 LUIS XV.—¡Rechoiseul! ¡He tenido un éxito como para hacerme de oro! ¡Menuda bicoca es esto de la memez! (Abrazando fuertemente a Manuela.) ¡Está más suculenta que una pata de cerdo!
 MANUELA.—Aunque me abraza, como es tonto, no se entera.
 JUAN (entrando).—¡Mi madre! ¡La Manuela con Luis! ¡Infames! ¡Granujas!
 LUIS XV.—¡Alto allá! Sigo tu consejo; me hago el idiota...
 JUAN.—¡Su alma! (Le da un puntapié a Luis XV en mitad de la cabeza.)
 LUIS XV (cayendo al suelo). El abate Dubois, la batalla de Fontenoy, la guerra de los siete años, los productos Cutex, Milciades, el Torna a Surriento, ¡olé mi padre!
 JUAN.—¡Caray! ¡Ahora se ha vuelto imbécil de verdad! ¡Huyamos, Manuela, van a prendernos!
 DOS BOTONES (entrando).—Señor, más cartas.
 JUAN.—Quedáos ahí cuidando del rey.
 MANUELA.—¡Era el rey!
 JUAN.—Vamos. Ahora vendrán los guardías, encontrarán ahí a esos, y prenderán a los botones, que es lo lógico. (Hace mutis con Manuela. Dentro se oyen las voces de las jardineras, que se acercan.)
 Tome usted una flor de nuestro jardín, cójala, señor, que es lo mejor contra el esplín...

(Cae vertiginosamente el telón.)

CUADRO XI

LA ÉPOCA ROMÁNTICA

"EL BIOMBO", COMEDIA DE ENREDO, POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.
DIBUJOS DEL ESCRITOR

EL MARQUÉS.—Todo el mundo me alude. Hasta en la hoja del almanaque he encontrado una alusión hoy.

LA MARQUESA.—Yo creo que son máñas tuyas, Cástulo.

EL MARQUÉS.—Oye, y verás (*leyendo*.)

Primera segunda es
a cuarta quinta
lo que sexta y séptima
y la octava es a la novena.

¿Lo quieres más claro?

LA MARQUESA.—Sí, tal vez el almanaque del año próximo sea un almanaque religioso. Sólo el santoral del año... Así evitaremos estas cosas.

EL MARQUÉS.—Hasta me parece que me suenan los oídos.

LA MARQUESA.—Es que sueña la campanilla.

(*Pausa. Entra una doncella con un sobre cerrado. El marqués lo abre.*)

LA DONCELLA (*ítmidamente*).—Sí el señor quisiera poner en el sobre el «m'alegro de verte bueno».

(*El marqués firma nerviosamente el sobre.*)

LA MARQUESA.—¿Qué es?

EL MARQUÉS.—Nada... Ya lo sabrás algún día. Ahora, adiós (*vase*).

LA MARQUESA (*con un suspiro de satisfacción*).—¡Gracias a Dios que se fué!

CABALLERO 1.º (*entrando con sigilo*).—Señora...

LA MARQUESA.—¿Por dónde habéis entrado?

CABALLERO 1.º—Por el balcón.

LA MARQUESA.—¿Pero cómo habéis podido escalar un quinto piso?

CABALLERO 1.º—Es que me he deslizado desde el piso de arriba, y así me he ahorrado cuatro menos.

(*Se oye un campanillazo.*)

LA MARQUESA.—Ocultaros, no sea el marqués. Ahí dentro del biombo.

CABALLERO 2.º (*apareciendo con decisión*).—Señora, aquí estoy; os adoro. (*Suena de nuevo la campanilla.*)

LA MARQUESA.—Ocupad la segunda hoja del biombo y guardad silencio.

CABALLERO 3.º—Laura, por fin me he decidido a revelarte el secreto de mi vida...

(*Suena la campanilla.*)

LA MARQUESA.—¡Detrás del biombo! ¡pronto!

CABALLERO 6.º—¡Laura mía! (*Suena la campanilla.*)

CABALLERO 7.º—No he podido contener mi corazón, Laura. Te amo desde niño...

(*Suena la campanilla.*)

LA MARQUESA.—Métase... métase en el piano de cola; no hay otro sitio.

(*Entra el marqués con visibles muestras de desesperación. En los bolsillos de su levita asoman las culatas de dos pistolas. El biombo oscila como una nave. Un viento terrible lo acosa.*)

EL MARQUÉS.—Me sigo sintiendo aludido. No puedo olvidar la alusión del almanaque:

Primera segunda es
a cuarta y quinta lo que
sexta es a séptima y
la octava es a la novena.

LA MARQUESA.—Pues arranca la hoja de mañana.

EL MARQUÉS.—¡Ah! Tienes razón. (*Arranca la hoja del*

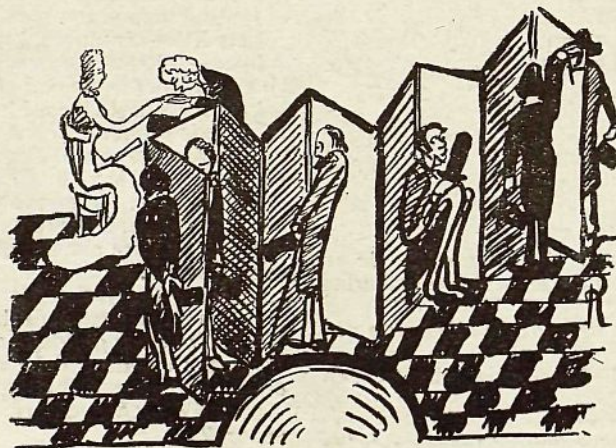
almanaque. Leyendo.) La solución, biombo.

(*Se queda mirando un momento al biombo, y después avanza hacia él con las dos pistolas en la mano. Al darle la vuelta y ver a los seis caballeros ocultos, exclama:*

EL MARQUÉS.—¡Si en vez de un biombo parece la lista del censo!

(*Los seis caballeros aprovechan la perspectiva de la decoración interminable y se pierden en la perspectiva, extraviándose en el claustro de las decoraciones; el claustro de que no se vuelve. El marqués dispara; pero en esos fondos de decoración las balas son inútiles. El marqués cae exhausto en una butaca; la marquesa se asoma al piano de cola y ve con asombro que no quedan ni vestigios del séptimo caballero, al que se ha comido y ha digerido el monstruoso piano de cola.*)

TELÓN



CABALLERO 4.º (*abrazándola*).—
¡Laura mía!

(*Suena la campanilla.*)

LA MARQUESA.—En seguida, detrás del biombo.



CABALLERO 5.º—¡Soledad encantadora y brazos delectables!

(*Suena la campanilla.*)

LA MARQUESA.—No hay tiempo que perder... Ahí detrás del biombo.

CUADRO XII

LA DAMA DE LOS GUANTES DE COLOR TÓRTOLA

PASO DE REVISTA DEL FIN DE SIGLO

LETRA DE MANUEL ABRIL

FIGURINES DE LA ÉPOCA

La embocadura del escenario está adornada; hay en medio de la parte superior un espejo isabelino con dos pay-pay de palma entrecruzados; a lo largo de las dos laterales de la embocadura cuelgan dos esterillas de cañizo filipino y en ellas, sujetas, fotografías de familia y de celebridades de la época. El telón es un portier de *reps* y la concha está forrada de peluche con clavos dorados; sobre ella, en un plato pintado, o las majas de Llovera o las palomas de Lengó. En vez de candilejas, unos quinqués de petróleo con pantallas de globo, blanco mate y dibujos celeste y oro.

Al descender el portier (o la portière), aparecerá una fotografía doble, de vista estereoscópica: un matrimonio—don Juan y doña Manuela—él, de levita, apoyado en una columna en donde ha dejado los guantes y el sombrero de copa; ella, sentada, con un abanico cerrado entre las manos y las manos en el regazo, mirando a su marido en actitud de visita enamorada. La fotografía, de suyo desvaída, va empalideciendo cada vez más y acaba por borrar. Entonces, cuando en la escena se ha hecho el obscuro, vuelve la luz gradualmente y aparecen don Juan y doña Manuela, que acaban de posar auténticamente ante el fotógrafo. La representación comienza entonces.

A cada espectador se le habrá dado al entrar una caja muy primitiva de vistas estereoscópicas, donde dice en letra caligráfica inglesa: «Recuerdo de la Exposición de París de 1888.» Las escenas siguientes deben verse mirando con ese aparato porque si no, no tienen relieve.

Un arístón ha estado tocando entre tanto los bailables de Copelia.

Don Juan y doña Manuela cantan cuando el fotógrafo acaba:

(CANTANDO)

JUAN.—¡Oh, qué invención!

MANUELA.—¡Oh, qué invención!

JUAN.—De esta manera ya se admirará nuestra excursión.

MANUELA.—Nuestra excursión.

Juan.—En la posteridad.

MANUELA.—En la posteridad.

Aquí sigue el dúo y se dicen los esposos que tienen cada uno en el corazón una máquina de Daguerre:

JUAN.—Última novedad.

MANUELA.—Última novedad.

(Aquí puede venir una escena en la que el fotógrafo, Reutlinger, vaya ense-

ñando al matrimonio varias celebridades de la época; la bella Chiquita, la princesa Caraman Chimay, miss Geraldine, Sarah Bernard o algunas otras. El número puede ser más o menos sicalpítico; pero me parece inútil describirlo ni puntualizarlo; si no lo escribo, me dirán los empresarios que no entiendo de teatros, porque no se



me ha ocurrido intercalar ahí una exhibición de tanta picardía y tan oportunísima; pero si lo escribo, me dirán luego que es un número excesivamente atrevido y que no conozco al público si creo que se pueden llevar ciertas cosas al teatro. En esta situación, prefiero no tomarme la molestia de pensarlo y dejar así las cosas.)

Al terminar el número de música, sale por la puerta izquierda una dama, que se despide del fotógrafo. Don Juan tiene un pequeño estremecimiento al verla y exclama un «¡ahl!». Ella también se sorprende levemente; pero se limita a saludar con una sonrisa coqueta y sale por la primera derecha, muy derecha. Entra entonces un caballero con americana color marrón, ribeteada con cinta negra, y un pantalón avellana claro, a cuadros avellana más oscura. Y canta:

Caballero de Gracia me llaman,
y, efectivamente, soy así..

Manuela, al ver a este caballero, se estremece y exclama un «¡ahl!», yéndose en

seguida a la punta izquierda del escenario para decirle a la gente:

(CANTADO)

Es él, es él,
¡Santo Dios!
El incógnito doncel.
Vamonós, vamonós.

Don Juan no se entera, porque se ha ido a la punta derecha del escenario a contarle y cantarle a la gente:

Era ella, era ella.
¡Cielos, en París los dos!
Es el sino de mi estrella.
Vamonós, vamonós, vamonós.

Pero no se van, porque ahora tienen que cambiar de extremo del escenario para cantar que se van, por la otra punta; quiero decir: Juan en la punta derecha y doña Manuela en la izquierda:

JUAN.—Es ella, es ella.

MANUELA.—Es él, es él.

JUAN.—¡Ah! ¡Ah!

MANUELA.—¡Ah! ¡Ah!

JUAN.—Vámonos, Manuela.

Vámonos, Manuel... la la.

MANUELA.—La, la.

El fotógrafo, por su parte, canta sólo:

Se han saludado,
se han conocido.

Aquí hay gato encerrado.

Ya lo he comprendido.

Y el cuarto personaje sigue su romanza presumiendo y haciendo molinetes con el junco que lleva por bastón.

Esto se llama un concertante, no porque se concierten los que cantan, cosa que no ocurre casi nunca, sino porque están de acuerdo todos: el matrimonio en marcharse, y el fotógrafo en que se marchen. Se van don Juan y doña Manuela, y al poco de irse descubre el caballero un guante que Manolita se ha dejado, con la precipitación, olvidado en el canapé. El caballero, a la vista del guante, tiene un estremecimiento y exclama un «¡ahl!»

EL CABALLERO (al fotógrafo).—
¿Quién... quién es esta mujer?
¿Cómo se llama esta mujer?... ¿De dónde viene esta mujer?... ¡Estar a su lado y no saber que era ella... ¡Oh!...

EL FOTÓGRAFO (encogiéndose de hombros).—No sé, caballero.

El caballero se va precipitadamente, dejando al fotógrafo estupefacto.

(Puede que antes de irse tenga el caballero que cantar una romanza. Yo, como autor que soy, creo que no debía cantarla; pero el autor no es nadie: si el músico se empeña en colocar aquí un «trozo escogido», tendré yo que inventarle la letra al músico que quiera o que no quiera, y si al músico no se le ocurre lo del trozo, pero el cantante se quiere lucir en esta escena, tendremos el músico y yo que aguantarnos y escribirle el numerito. Ahora que, claro es, si lo escribo de antemano, puede resultar que no haya cantante que sepa cantar nada y tengamos que retirar el número después de hecho. Más vale, pues, no hacerlo.)

ESCENA SEGUNDA

Telón corto y también estereoscópico para el cambio de decoración: la Ópera de París, con papeles de talco rojo en todas las ventanas e iluminadas por dentro. Van apareciendo coches y entrando máscaras. (Complicadillo es esto; pero bueno, si soy autor aplaudido, se fastidiará el empresario y pondrá la decoración que yo quiera, aunque sea un disparate; y si no lo soy, no pondrá nada, aunque quiera representar mi obra en el teatro de las sábanas blancas; así que, como a mí en este momento no me cuesta nada poner esa decoración, pues la pongo.) Así, pues, terminado el vals Frou-Frou que tocaron mientras tanto, aparece el teatro de la Ópera por dentro. Un palco, al extremo derecha; el salón, un poco más abajo; el escenario, un poco más arriba. Creo que está claro. (No detallo, porque como no se ha de hacer lo que yo diga, sino lo que el escenógrafo quiera, ¿para qué voy a cansarme en discurrir?) En el escenario toca la orquesta y baila una «quadrille», al tiempo que en el salón giran las parejas enlazadas vertiginosamente. EL CABALLERO DE GRACIA, al ver una dama disfrazada con un dominó azul, pero que lleva un guante tórtola, se acerca a ella y le dice apasionadamente:

EL CABALLERO.—¡Oh, sois vos... la mujer que me tortura, que me ilusiona, que me embelesa... La que vengo persiguiendo desde hace un año entero, como quien persigue una ilusión fugaz, una quimérica felicidad entrevista en un momento de esperanza!

LA DAMA.—Os equivocáis, caballero; soy una mujer casada.

EL CABALLERO.—No pregunto: no me digas quién eres; no quiero saberlo. Sé que eres tú... ella... Os vi una vez y os he reconocido ayer por esos guantes de suprema elegancia que sólo vos lleváis... Mirad: tengo desde ayer este guante en mi poder como una reliquia divina. Es noche de carnaval, y hoy no somos nadie aquí lo que somos

en la vida... Hoy somos, lo que seríamos acaso, si pudiéramos seguir las ilusiones que «abrigamos» allá dentro en lo secreto del corazón. Vos no le amáis a él... No... no es posible. Sedle fiel en buen hora, yo tengo para vos mi respeto y respetaré vuestro sacrificio; pero sabed, siquiera, que os adoro y que os sigo desde lejos.

(Hay aquí elementos para un diálogo de los que llamamos psicológicos: ella es



honrada, sí; pero aquella entrevista novelesca le gusta a ella más que los sorbetes de Pombo. Ella quiere a su marido, sí; pero está a punto de creer lo que el otro le dice de que es una incomprendida. No me canso, sin embargo, en puntualizar en este diálogo los varios «repliegues del alma femenina» que pudiera puntualizar en él, porque como los cómicos de zarzuela no saben hablar nunca como hablan las personas, es inútil cansarse en escribir diálogo ninguno. Así que no lo escribo.) Baste saber que el diálogo termina de este modo:

EL CABALLERO.—Sí, nos vamos a separar. Sí, para siempre... sí, pero dime tu nombre...

LA DAMA.—No, imposible...

EL CABALLERO.—Has dejado un momento tus manos entre las mías, y eso... eso, mujer, equivale a una confesión.

LA DAMA.—No, caballero; simpatía, nada más... Si sois caballero, dejadme; os lo suplico... Adiós.

EL CABALLERO.—Sí, adiós... Os

voy a perder para siempre; pero un solo favor. Este guante, estuche de esa mano que estuvo entre las mías, ese guante será el recuerdo vuestro, que vos me dejaréis al separarnos, ¿verdad?

LA DAMA.—¡Oh, no!

EL CABALLERO.—¿No?... Llévao... arrancadme con él el corazón si sois capaz de llevárolo.

LA DAMA.—¡Ay!... (Manuela se desmaya.)

(Manuela, entre otros repliegues del alma femenina, tiene este pequeño truco psicológico-espasmódico de desmayarse a fin de soltar la prenda sin tener que soltar prenda. Así el galán se queda con el guante sin que Manolita se lo haya quitado y sin que pueda decirse en rigor que ha consentido en dejárselo.)

Se llevan a Manolita desmayada y el caballero, solo, estrecha el guante contra su corazón. EL HOMBRE DE MUNDO, personaje que filosofa, como en las comedias y aparece en todas las situaciones importantes de Dumas, toca el hombro del caballero y le coloca una parrafada que empieza así:

EL HOMBRE DE MUNDO.—Ese guante, joven, no lo tome usted como señal de desafío... Conozco a las mujeres... En las noches de Carnaval...

ESCENA TERCERA

La calle del Arenal, de Madrid, en un día de lluvia. Una «pajarita de las nieves», muy arrebujada en su cuello rematado por una piel de marta, camina apresurada por la acera, cuando se le acerca Juan.

JUAN.—Me hace usted el favor de oirme dos palabras, solamente dos

palabras.
Va usted a saltarme un ojo, si se acerca con la punta del paraguas.

ESCENA CUARTA

Los Jardines del Buen Retiro, en noche de moda. Hay un coro de demimondaines y de pretendientes; puede haber también un coro de patinadoras y otro de señoritas ciclistas, con pantalón bombacho, manga de jamón y canotier. No estaría de más otro coro de pelotaris.

ELLAS

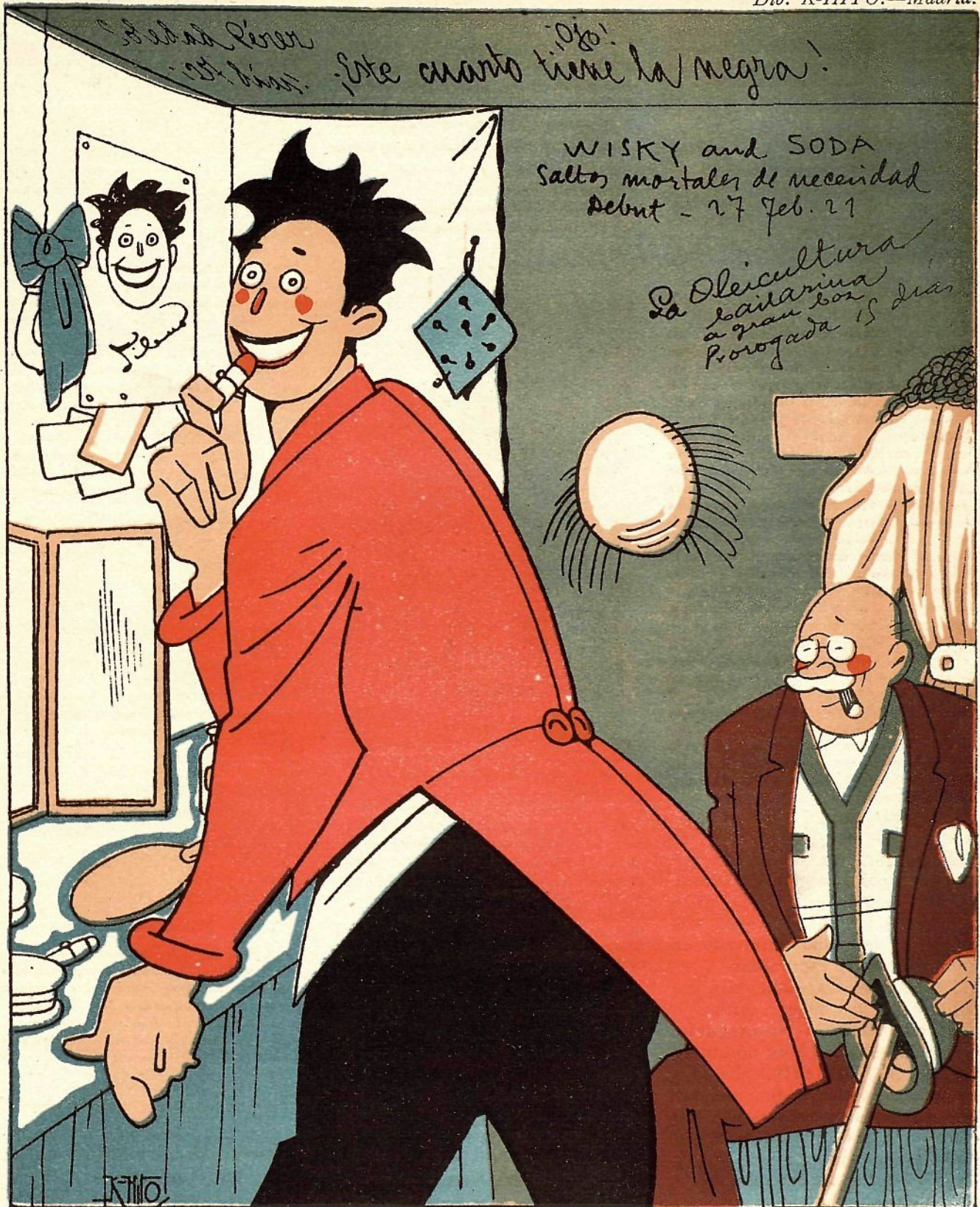
Somos las «demi-mondaines».

ELLOS

Son las «demi-mondaines».

ELLAS

Somos las demi-mondaines del edén del paravent.



La Revista BUEN HUMOR.—El cuarto de Juan, primer actor.

ELLOS

Y todas ellas están bastante bien.

ELLAS

Bastante bien.

ELLOS

Son estas demi-mondaines el ideal que busco yo porque son enteramen... de Paul de Kock.

La cuestión es que en esta escena el caballero ve a una dama con los famosos guantes tórtola. La aborda, le habla de París, del encuentro del baile de máscaras, etcétera, y ella no entiende una palabra porque resulta que no es la que el caballero se figura... Sin embargo, aquellos guantes... El caballero descubre que ésta es una dama que fué suripanta, que Ducazcal llevó a los bufos y que está en el teatro Felipe y a la que D. Juan ha puesto un piso en la Carrera de San Jerónimo. A ella se le han antojado unos guantes iguales a los de la mujer de don Juan y Juan se los ha comprado. En esto llega D. Juan, cree que el caballero corteja a su dama, el caballero se insolenta con don Juan porque está descando vengar el ultraje que D. Juan ha cometido con su señora, con la señora de D. Juan. Se cruzan unas palabras y hay un desafío. Telón.

ESCENA QUINTA

El Retiro, nevado. Llegan dos «landeaux» y descienden dos caballeros de levita... Duelo a pistola... Esta escena es toda muda. Pretexto para decoración y música y para que aparezcan como padrinos autores caracterizados como personajes de la época. El Duque de Montpensier, Ducazcal, Extremera, Gaztambide, etcétera. La música toca un aire de Offenbach.

Se cambian tres disparos y no se hieren. Reconciliación. D. Juan que no sabe el verdadero motivo de todo aquello, invita al caballero a su casa.

ESCENA SEXTA

Interior en casa de Juan y Manuela. Toda la decoración hace juego con los adornos de la embocadura. En la chimenea reloj y candelabros dentro de sendos fanales de cristal. En la pared el retrato de la madre de Manolita por D. Federico de Madrazo; una oleografía de la Vicaría de Fortuny, y un grabado al acero de Goupil con un «passe par tout» blanco. El piano cubierto con una especie de chal y encima del piano una palmera forrado el tiesto como un macetero de papel de seda rizada y atado con una cinta liberty.

Manolita está cantando al piano aquello de

«No sé qué siento aquí»

o aquello de

«Lucha el marino con ánimo sereno»

tal vez aquello otro de

«Olas que al llegar..

plañideras muriendo a mis pies»

se aparta del piano y se pasa la mano por la frente como queriendo quitarse de ella ideas negras.

MANUELA.—¡Oh, todo son ideas de muerte... de melancolía, de angustia!... ¡Oh!...

Llama a la doncella.

—Pronto, la capota, la esclavina... No es posible que yo perma-



nezca aquí mientras quizá ¡oh, qué horrible! alguno de ellos muere...

DONCELLA.—¿Quién, señorita, quién va a morir?

MANUELA.—Nadie... Tú qué sabes... No me hagas caso, estoy nerviosa...

Aparece en la puerta EL HOMBRE DE MUNDO y se queda allí parado unos instantes.

MANUELA.—(Con ansiedad.) ¡Qué!

EL HOMBRE DE MUNDO.—¡Salvado!

MANUELA.—¿Quién?

EL HOMBRE DE MUNDO.—Todo el mundo.

MANUELA.—¡Oh, gracias!

EL HOMBRE DE MUNDO.—Conozco hijita el corazón de las mujeres... Yo te prometí que tu amor quedaría salvo y como a veces,

¡quién sabe!, puede haber amor donde menos se piensa, me pareció más prudente salvar al uno y al otro... se han batido como bravos y como caballeros; han cruzado cuatro disparos sin que afortunadamente haya quedado herido ninguno de los dos... no era fácil, porque yo, sin que nadie se enterara, había quitado de las cápsulas las balas.

MANUELA.—(Con enternecido agradecimiento ruboroso.) ¡Oh, padrino!

EL HOMBRE DE MUNDO.—(Enseñándole las balas en la mano.) Mandaré que te hagan con ellas una pulsera y te la regalaré.

MANUELA.—La llevaré toda la vida.

EL HOMBRE DE MUNDO.—Y yo te diré cualquier día, «qué pulsera más bonita» como si no la conociese... La primera condición de un hombre de mundo debe ser la falta de memoria.

Entran en este momento todas las personas que han intervenido en el duelo.

JUAN.—(Presentando el caballero a Manolita.) ¡Manolita! Un caballero, un amigo, que nos hace el honor de acompañarnos a la velada de esta tarde.

CABALLERO.—Señora...

(Ella le alarga la mano, emocionada, y él, con una profunda reverencia, le besa la mano.)

Tengo un profundo honor, señora, en conocerla, y un profundo sentimiento al mismo tiempo, porque hoy también he de despedirme de ustedes. Será esta tarde la única que tenga el gusto de pasar, inolvidablemente, entre ustedes... salgo mañana mismo para un largo viaje por Europa. (Se mirarán los dos. Se comprenden.)

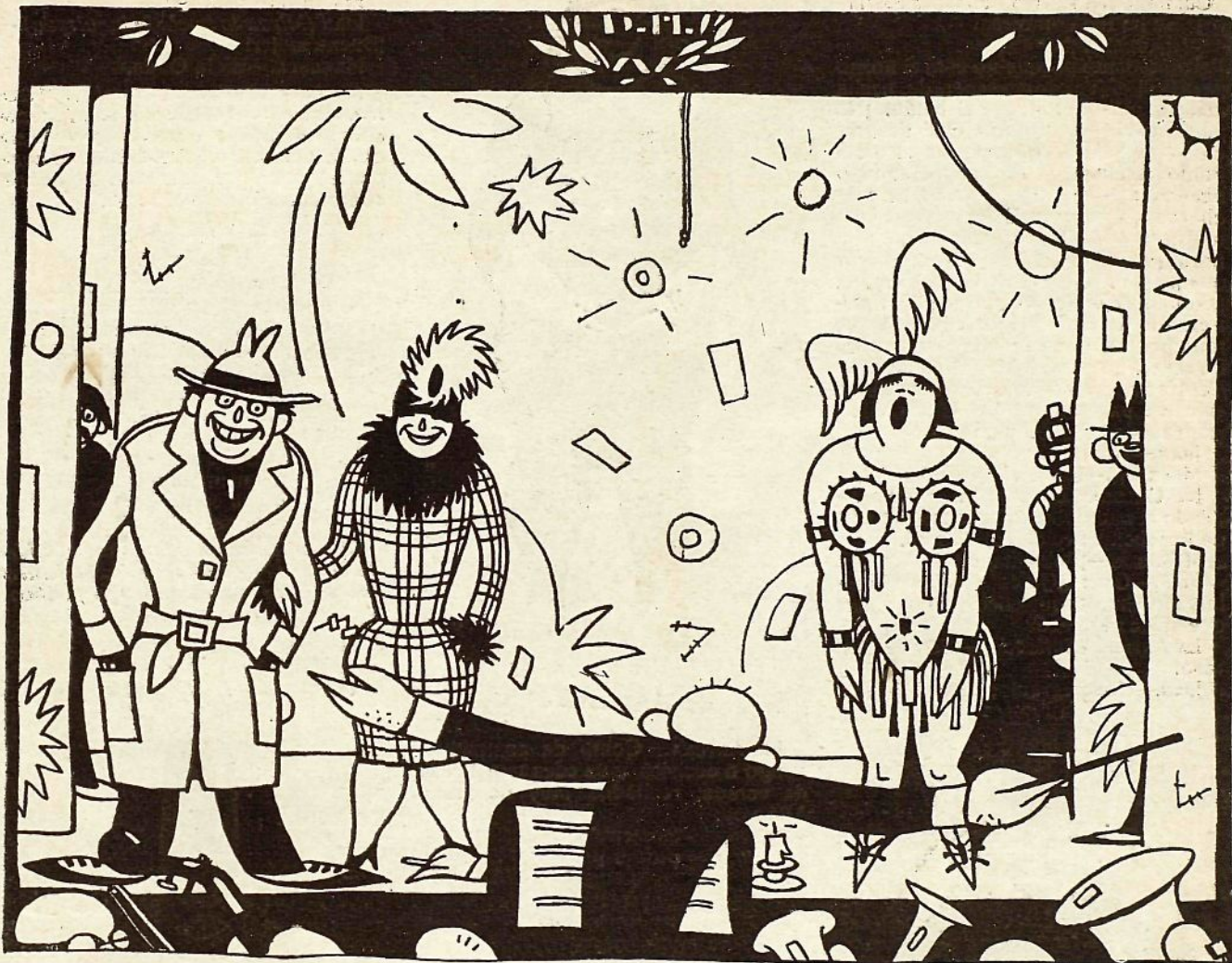
EL HOMBRE DE MUNDO.—Canta, Manolita.

Manolita va hacia el piano melancólicamente, y, después de suspirar, canta mirando a lo lejos, muy a lo lejos:

«Volverán las obscuras gOLON-
de tu balcón [drinas
los hierros a escalar.»

El CABALLERO inclinado levemente hacia Manolita, y con un codo en el sofá, va volviendo las hojas de la música mientras cae el telón pausadamente.

CUADRO XIII



T. S. H.

CUADRO DE LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA: LETRA DE PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ,
MÚSICA DEL MAESTRO FUENTES, DECORADO Y FIGURINES DE GARRIDO

Personajes.—Juan, Manuela, La galena, La antena, La onda. El micrófono, El auricular, Coro de ondas. Coro de auriculares, etc.

Decoración.—Una selva. Si se puede encontrar virgen, mejor.

ES DE DÍA

Salen Juan y Manuela

MANUELA.—¿A qué venimos aquí?
JUAN.—No preguntes tonterías, mujer. Somos los «paseantes» de este cuadro de revista y los paseantes de las revistas tienen por única misión la de instalarse a un lado del proscenio y escuchar todas las tonterías que quieran decirles los personajes representativos que vayan saliendo. Si la paseanta es guapa, puede también «timarse» con

los abonados de la primera platea y sostener con ellos interesantísimas y espirituales conversaciones, como por ejemplo, o ahí va una muestra:

Abonado 1.º: ¿Qué tal desde ayer?

Paseante: Yo bien. ¿y ustedes?

Abonado 2.º: Nosotros bien, muchas gracias.

Paseante.—No hay de qué. Pero atención: esa señora enlutada con porte de viuda inconsolable que para acá viene es la galena. A ver que nos dice:

LA GALENA (Saliendo).—Soy la Galena.

MANUELA.—Ya me lo había dicho esta.

LA GALENA.—Eso no me importa. Yo tengo que decir quién soy, bien en pro-

sa vil, o cantando inspirados versos. De modo, que lo mismo que les he dicho lisa y llanamente soy la Galena, les podía haber cantado la siguiente poesía:

Soy la Ga'ena
mala o buena
o regular.
Nada me alegra,
soy pelinegra,
sin más tardar.

Tengo un dolor en mi pecho
que me lo tiene deshecho
y suspiro porque sí.
Y mis penitas espanto
cuando, quejándome, canto,
canto así:

«El chulapo que a mí me quería
montó en una potra;
Caminito del Puerto de Santa Marfa
se ha ido con otra...
¡Aaah!... ¡Sí!

Pero no canto porque no está el horno
para bollos. Vengo desesperada, hecha
cisco y más negra que el betún. ¡No
puedo más! (Llorando.) ¡Qué desgra-
ciada soy! Todos quieren buscarme el
punto sensible, y no con halagos y
buenos modos, sino a fuerza de pin-
chazos. ¡Ay de mí! ¡Estoy que me des-
morono! ¡Caballero, por favor!... ¡Se-
ñora, por caridad!... No digan a nadie
que me han visto. Huyó para siempre.
¡¡Adiós!! (Hace como que se va y vuel-
ve). Ah, se me olvidaba el chiste que
todo personaje de revista debe decir.
Lo diré y que sea lo que Dios quiera.
(Muy compungida). ¿Saben ustedes en
qué me parezco yo, la Galena, a un
guardia de esos de la porra?

JUAN.—No.

MANUELA.—No sé...

LA GALENA (Llorando mucho).—
¡Todo el mundo me dice lo mismo, que
no lo sabe!... ¡Ay de mí! (Vase).

MANUELA.—¡Pobre mujer!

JUAN.—Oye: ¿Quién será esta otra
larguirucha, esquelética y cimbreada
que viene para acá?

LA ANTENA (Saliendo).—Soy la An-
tena.

JUAN.—Nos alegramos de verla buena.



La Galena

LA ANTENA.—Como de costumbre,
vengo a decirles a ustedes una tirada
de versos, recitados muy de prisa.
Allá voy:

Sostenida
por un palo
en la cumbre
de un tejado,
voy las ondas
atrapando
y sin tregua
ni descanso
las envío al
aparato,
llueva, nieve,
caigan rayos,
haga viento,
maullen gatos,
en invierno,
o en verano,
noche o día,
cielo claro,
cielo oscuro,
cielo pardo,
Blanco y Negro,
Mundo Gráfico.

(Vase. Aplauden los de la claqué en
las galerías altas; sale nuevamente,
saluda a los de butacas, que no aplau-
den, y vase otra vez).

MANUELA.—Oye: ¿a qué viene eso de
Blanco y Negro, Mundo Gráfico?

JUAN.—A nada, mujer, no seas idiota,
pero dichas publicaciones agradecen
el anuncio y dan después grandes pla-



El auricular

BUEN HUMOR

nas con fotografías de la revista. Hay
que estar en todo.

MANUELA.—¡Ah, ya!

JUAN (Mirando hacia la izquierda).—
¡Buena mujer!

MANUELA.—Es la Onda.

(Se hace el obscuro total en el tea-
tro. Se proyecta la luz de una linterna
sobre el lateral derecha, y aparece
allí la tiple mejor formada de la com-
pañía, casi tan desnuda, la pobre,
como cuando vino al mundo.)

MÚSICA

LA ONDA

Por el éter vagando al azar,
ondulante cual bella mujer,
las antenas me quieren coger,
y yo, dócil, me dejo atrapar.

Bajo sin recato
hasta el aparato;
llego con potencia
al auricular,
y nunca renuncio
a dar un anuncio,
o una conferencia
sobre el calamar.

(Salen las segundas tiples vestidas
de ondas (?) y bailan un fox, mientras
cantan este espiritual trozo poético.)

CORO DE ONDAS

Yo soy la onda ondulante,
no me diga usted que no,
pues contesto tan campante:
¡esa soy yo!



El micrófono

Soy la onda de la Radio;
 si me lanzan yo me irradio
 con vigor,
 y llego hasta el extrarradio,
 pues mi dueño es Don Arcadio, (1)
 sí, señor.

Se van bailando. Cesa la música.

HABLADO

(Salen dos caballeros, el MICRÓFONO y el AURICULAR, que vienen muy enfadados.)

EL MICRÓFONO (a Juan y Manuela).— Servidor de ustedes. Soy el Micrófono.
 EL AURICULAR. (Idem).—Para servir a ustedes. Soy el Auricular.

JUAN.—Muy señores nuestros... ¿Y qué les pasa que vienen riñendo?

EL AURICULAR.—Que estoy harto de este tío, que no me larga más que tonterías.

(1) Jefe de la Estación transmisora.

EL MICRÓFONO.—¡Como si yo tuviera la culpa, señores!... Yo repito lo que me dicen, porque es mi obligación. Lo más que puedo hacer es descomponerme alguna que otra vez, cuando ya no puedo más. Crean ustedes que se me abren las carnes cuando veo a un señor que se planta delante de mí y abre la boca. ¿No han oído ustedes antes de una conferencia, un estremecimiento de la onda, un rotgtorotgt... continuado? Pues es que tiemblo.

EL AURICULAR.—Sí, pero te sometés y reproduces al fin todo lo que te dicen. Si cuando notas que es una majadería lo que te están diciendo, te negaras a repetirlo, no me obligarías a mí a oír lo que no me importa.

EL MICRÓFONO.—No te pongas a escuchar.

EL AURICULAR.—Me dá la gana.

EL MICRÓFONO.—Pues fastídiate.

EL AURICULAR (A Manuela).—Mire usted señora; ¡es horrible! Sueño con un unguento que hay para las berrugas porque este gachó, me larga el anuncio en todos los conciertos. La canción de «Marinela» la he oído al pie de ciento veinte veces y el «Buenas noches a todos» ¡todas las noches!

Señor: es lo que yo digo: ¿no hay otra forma de despedirse? Podían decir alguna que otra noche, «que descansen ustedes!» o «ea, con Dios y aliviar-se», o «hasta mañana si Dios quiere», o «colorín colorao esto se ha acabado, bastante han oído pa lo que han pagao...» ¡Pero no puede ser! ¡Todas las noches, «buenas noches a todos»! ¡Insufrible!

JUAN.—Bien; esas son pláticas de familia. Creo que ya que tenemos aquí al Sr. Micrófono, podríamos oír algo nuevo.

Handwritten musical score for a song. The lyrics are written below the notes. The score is divided into four systems, each with a vocal line and a piano accompaniment line. The tempo is marked 'Moderato'. There are some corrections and annotations in the first system, including 'La Onda!' and 'Roberto' written above the notes.

Lyrics:

La Onda! Roberto
 Ba el i to va
 gan do-ala zar Du du lan te mal be lla ma jir Las au te ras m
 que veno fer do il me de po co jir - Ba po sin re
 ca to - has ta-el a po ca to - lle po con po ten cia-al au - ri en lae

MICRÓFONO.—Por mi parte con mucho gusto.

AURICULAR.—Vaya, que sea; estoy a la disposición de ustedes.

MANUELA.—Pues venga de ahí.

MICRÓFONO.—Allá vá. ¡Oído! ¡Rotgatoratrogittt... (Anunciando), Atención: la señorita Ernestina Sánchez López, acompañada por su profesor el maestro Galvarriatez cantará al piano la canción de «Marinela»...

(El público no puede más y toma parte activa en la representación. Algunos espectadores se levantan de sus asientos blandiendo sus bastones; un espectador de la primera fila saca un

revólver y huyen el Micrófono, el Auricular, Juan y Manuela, atravesando por el foro el papel donde está pintada la selva virgen.

Se produce una gran confusión entre bastidores y con este motivo, deja de salir a escena un coro de auriculares que el autor consideraba ser lo más original de esta revista. Se trataba de un coro de caballeros en mallas, como las segundas tiples. No ha de ser siempre el bello sexo, el que luzca redondeces incitantes.

¡Otra vez será!

Sigue el escándalo en el teatro. Interviene la policía dentro, los maquinistas se arman un lío, quitan un tras-

to, tiran de un telón y llegamos a la

APOTEOSIS

Alegoría de la Radio

(Todos los personajes de la revista convenientemente distribuidos al pie de un Sol.)

MÚSICA

Todos.—(Cantando.)

¡Viva, viva vivaaaaa!...
viva la Radio, sí,
¡viva Marconi!
¡viva Madrid!

Telón impetuosamente rápido.

Tempo de Fox (Coro de ondas!)

CANCIÓN DE LA ONDA

Música del maestro E. Fuentes.

CUADRO XIV



LA CESTA Y LA PORRA O EL ETERNO FEMENINO

SAINETE AÉREO DE COSTUMBRES MADRILENAS, EN UN MINUTO Y DOS VUELOS,
ORIGINAL DE CARLOS ARNICHES, DECORADO Y FIGURINES DE TONO

PERSONAS

El señor NEMESIO, el Pajarero.
LA SINFO.—Cocinera electro-mecánica.
MENÉNDEZ.—Guardia municipal, de porra automática, encargado de la circulación aérea, Madrid-Sevilla, por Despeñaperros.

—
La acción en Madrid y sus alrededores.—
Ocurre en el año 2324.

La acción empieza en el mes de septiembre.

(Se celebra en Madrid el cuarto centenario de la proclamación del Directorio, con la inauguración de un monumento que conmemora tal suceso en la Avenida de Unamuno. ¡Que guasones son los siglos!)

ESCENA PRIMERA

(El señor Neme, tiene una pajarería en la plaza de Santa Ana, pero los pájaros ya no están en jaulas, vuelan sueltos, porque el pajarero, que vuela mucho mejor que ellos, cuando llega un parroquiano, coge su moto-aireta, abre las alas, se posa en los hombros de Calderón de la Barca, divisa desde allí en qué olmo anidan los canarios, da un pequeño vuelo hasta la rama deseada, captura el flauta que le conviene y aterriza con él sirviendo al parroquiano. Ese día está el señor Neme a la puerta de su establecimiento, pensando filosóficamente en el ridículo que han estado haciendo las águilas, que se creían reinas del aire. ¡Já, jay!...)

(A poco, pasa la Sinfo, una cocinera que decapita, de puro guapa. Conserva todavía, al mover airosa una falda de quince centímetros, el garbo ancestral de sus abuelas de la calle del Sombrerete, hoy *Bulevar del casco*. Lleva al brazo una cesta auto-compradora, marca Fargells, Cambó y Compañía, de Barcelona.)

(Esta cesta, se la da cuerda y hace la compra sola, la lleva a casa y sisa quince pesetas cada veinticuatro horas.)

SEÑOR NEME (*a la Sinfo*).—Adiós, sacudida eléctrica.

SINFO.—¡Hola, señor Neme! ¿Cómo anda esa volatería?

SEÑOR NEME.—Tal cualilla. ¿Quiés que te coja un loro?... Sabe cinco lenguas.

SINFO.—No me gusta que me digan cosas más que en la mía.

SEÑOR NEME.—¡Cá dfa estás más guapa, Sinfo!

SINFO.—Es que ahora me maquillo en cá Pepa la Chana, que tíe un Instituto de Beauté.

SEÑOR NEME.—¿Dónde ibas el otro dfa, que te vi pasar con una compañera por encima del Guadarrama?

SINFO.—Nos fuimos a merendar a Pamplona; Mi amiga es de allí. Su novio, que es cartero aéreo, nos convidó a chorizo de la localidad, y a las siete ya estábamos de vuelta, y eso que a mí se me engrasó una bujía y tuve que aterrizar en Soria.

SEÑOR NEME.—¿No llevabas puesto?

SINFO.—Un descuido. Gracias que encontramos al Tufitos, el chico de una tienda de Ultramarinos de Guadalajara, que venía de la Coruña, de acompañar a un sobrinito del amo, y que se llegó allí por mantequilla.

SEÑOR NEME.—Bueno, rica, ¿quieres venir a tomarte unos buñuelos a Segovia, que los hacen muy buenos, en una churrería que han puesto encima del Acueducto?

SINFO.—Tardaríamos mucho.

SEÑOR NEME.—Nueve minutos.

SINFO.—Es que mi avioncete es de cuatro cilindros náa más.

SEÑOR NEME.—No importa, te agarras a mi tren de aterrizaje y te remolco.

SINFO.—Es que además, mi marido está de servicio. Ya sabe usted que es Guardia Municipal, ruta Madrid-Sevilla.

SEÑOR NEME.—Pero eso está por el Sur, y nosotros navegamos, rumbo Noroeste.

SINFO.—Bueno. Echese usted gasolina, levante usted el vuelo y me espera usted en Siete Picos, que ahora voy. El caso es que no nos vean juntos.

SEÑOR NEME.—Bien pensao. Oye, y si por casualidad te siguiese tu marido o hubiese algun peligro, me tocas la sirena.

SINFO.—Descuide usted.

(El señor Neme, levanta el vuelo y se pierde de vista. La Sinfo le da cuerda a la cesta, que echa a andar sola, camino de la antigua Plaza de la Cebada, ahora Mercado del Pienso. Ella se pone una redecilla para sujetarse los tufos, se coloca en su avioneta y en vuelo garboso se eleva, perdiéndose sobre los Pinares de la Moncloa.)

FINAL DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Decoración.—La Calle Mayor, cerca del Ayuntamiento. (¡Todavía hay Concejales!) Luego el infinito.

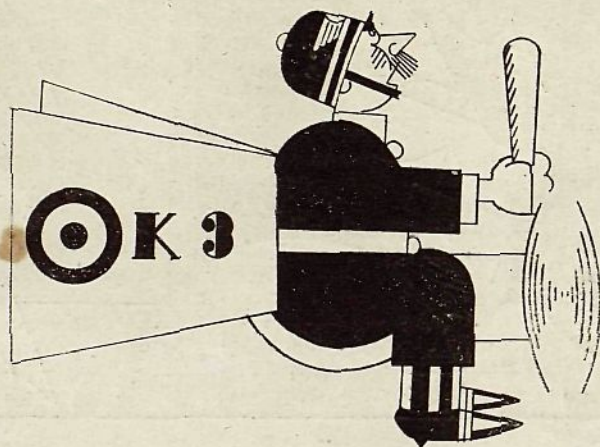
ESCENA PRIMERA

MENÉNDEZ y la cesta auto-compradora de su señora.

(MENÉNDEZ, de uniforme, con la gorra en la mano, sale del Ayuntamiento, viendo levantar el vuelo al Teniente Alcalde de su distrito, que se pierde de vista, como los de ahora. No pasan los siglos.)

MENÉNDEZ (enciende un puro de auto-ignición, marca Cabañas-Carbajal y echa a andar hacia la Puerta del Sol. El celoso funcionario, al llegar a la esquina de Postas, se queda lívido.)

Ha visto venir, a quince por hora, por la acera de Gobernación, una cesta que no le es desconocida. La defiende con la porra, y se convence que es la cesta de su mujer.)



MENÉNDEZ.—¡Mi tataragüela!... ¡Cómo tú sola?

(LA CESTA, discreta, no responde, pero su pequeño motor, da dos o tres falsas explosiones.)

MENÉNDEZ.—¡No digas más! ¡Esa golfa me se ha ido con el pajarero!... ¡Si hace medio año que me lo estoy sospechando!... ¡La muy eleztro-perdularia!... ¡Ay, como dé con ellos!... ¡Los hago bajar en barrena!... Y a ese ladrón, no le dejo cilindro sano!

(Menéndez, herido en sus sentimientos mas caros, siente en su alma la atroz mordedura de los celos y por sus ojos resbalan dos lágrimas ardientes. A pesar del discurso de los siglos, aun se llora. Despechado y loco, suelta la porra-automática, que pone multas, golpea *chauffers* y encauza automóviles y aeroplanos, por un motor de alta precisión; y él toma gasolina en el Café de Levante, abre las alas y se lanza en persecución de la adúltera, temeroso de perder su amor y las cinco mil pesetas mensuales que la dan, como guisandera, en casa de un sastre.)

MENÉNDEZ (*Volando*).—¡Mi madre, sí doy con ellos!... ¡El pajarero ha hecho el planeo final!...

(Preguntando a los vigilantes aéreos, interrogando a una pareja de la Guardia civil, que volaba camino del Escorial, conduciendo a un cazador furtivo que acababa de robar treinta y cinco perdices de un bando que levantó el vuelo en la Casa de Campo, dió al fin con la dirección de los tórtolos, que en vuelo de amor, iban hacia Segovia; y raudo como una flecha de las antiguas, salió disparado en su busca.)

(La pareja volaba feliz. De cuando en cuando, el pajarero, deseoso de justificar su pericia profesional, hacía, en torno de la Sinfo, acrobaticismos aéreos capaces de volver loca a una caja de mazapán. Resbalaba de ala, rizaba el rizo, le acariciaba la cola y se elevaba y caía sobre ella en un planeo conmovedor. La Sinfo, en vuelo marchoso y pinturero, se dejaba querer. De pronto, al señor Neme se le estremecieron las alas y le vaciló el timón.)

SINFO.—¿Qué te pasa, jilguero mío?

SEÑOR NEME.—Oye, tortura, fíjate debajo de aquella nube, según se mira a la derecha, ¿qué ves?

SINFO.—No veo náa.

SEÑOR NEME.—Yo sí. Veo un punto sospechoso, con casco y polainas.

SINFO.—¡Recontra!... ¡¡es verdad!! ¡¡¡Mi marido!!!...

(Aún no habían acabado de decirlo, cuando Menéndez estaba sobre ellos. Sonaron los trallazos de una *browning*. Al señor Neme se le empezó a salir la gasolina; la Sinfo perdió el agua del radiador, y tuvieron que aterrizar en las nevadas cumbres del Montón de Trigo.)

(Menéndez, ciego de furor, empezó a bofetadas con los miserables. Los chichones, a pesar de los adelantos de la ciencia, brotaban en la cabeza del señor Neme, como en la época de Leónidas. Los puñetazos resisten inmutables el embate de los siglos.)

(Los aeroplanos pasajeros, iban parándose a gozar con aquel drama íntimo.—¡Allí hay bronca!—se oía gritar entre las nubes, y bajaban aparatos y mas aparatos. Llegaron las parejas de la Guardia civil aérea, dispersaron a la multitud, se llevaron detenidos a los beligerantes y la calma volvió a reinar en el infinito. A poco, cruzaron los aires dos águilas, macho y hembra en vuelo verdaderamente majestuoso.)

EL MACHO (*a la hembra*).—¡Has visto, amor mío! ¡Nos han prostituído las alturas!

LA HEMBRA.—¡Ya, ya!... (y de reojo miraba a un aguilucho que se elevaba en una cumbre lejana)...

TELÓN

CRÍTICA DE LA REVISTA SEGÚN LA PRENSA

De "El Imparcial".

Una revista plácidamente entretenida, que es una mixtura de épocas históricas arbitraria y desconcertante, pero agradable y un poco difusa, aunque divertida.

Bien dijo aquél:

Todo es según el color
del cristal con que se mira.

Las edades de la historia se suceden, basándose a veces en lo visible y otras en lo sainetesco, quedando otras en la mesurada caricatura.

Como en las funciones circenses, cada número tiene un valor propio y distinto a pesar de la continuidad que el tema requiere.

A la orilla de la mar
no me vengas a llorar.

como aquel que dice.

BUEN HUMOR cambió su onza, pues ya dijo el *Guerra* que todo el que tiene su onza la cambia.

En total, una impresión satisfactoria y afectuosos recuerdos.

Manuela nos muestra su gracia y su ductilidad superiormente artísticas. Juan logró legítimos triunfos en sus papeles. Ambos realzaron la interpretación suficientemente secundados por los demás.

Ya dijo aquél:

Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, no analices,

— José DE LASERNA

Del "Heraldo de Madrid".

CARA.—Sin trabazón dramática pero con transubstanciada corporeidad, llena de elementos vitales, y en la que las ideas motrices se desarrollan con la natural fluencia, atendiendo sólo a la célula genitiva que la forma, la revista de BUEN HUMOR adquiere una substentación definitiva en cada una de las cristalizaciones polifórmicas de las diversas escenas que la forman.

CRUZ.—Unos motores escénicos, sin afirmación temperamental, formando una mezcla híbrida y desconcertante, sin elementos básicos esenciales y en la que los diversos asuntos están torpemente concursados, sin la ponderada medida al ser ajustada al cañamazo que forma la idea motriz, con reiterada contumacia.

BISEL.—La obra no tiene relación alguna con el arte dramático ni con el gremio de ultramarinos.

INSCRIPCIÓN.—La compañía Juan y

Manuela representó la obra con un entusiasmo digno de mejor causa.

LÁPIDA.—El día 28 se estrenó en el teatro de BUEN HUMOR una revista cómica-lírica que obtuvo un excelente éxito de taquilla, a pesar de la terrible y descorazonadora falta de sensibilidad colectiva que padecemos.

Caminante, detente un momento y echa a andar después.

RAFAEL MARQUINA

De "El Sol".

Considerada la revista como un género aparte de los demás géneros llamados teatrales, en el que la convencionalidad y la incongruencia tienen el más fácil acceso, no habrá de ser la revista «Aquí tiene usted, señor, la historia de BUEN HUMOR», una excepción.

Los innumerables autores que la firman entran unas veces el patrón del género y se salen otras, caricaturizando fácilmente lo caricaturizable.

Los personajes de esta yuxtaposición de escenas no abusan siempre del chiste verbal y en algunos momentos la obra parece enderezarse en un sentido de rectitud cómica, que por desgracia se desvanece.

La interpretación bastante mediana. La obra fué puesta con gusto desigual.

Si se preguntase al público, probablemente había sido un gran éxito. Nuestro público es el mejor del planeta, sin duda alguna.

E. D-C.

De "La Época".

El cronista tiene la penosa misión de asistir a los estrenos; el cronista sufre, el cronista aguanta desde su localidad el chaparrón de sandeces que generalmente se dicen en los escenarios de la corte.

Por ese motivo el cronista vive malhumorado, temiendo los estrenos que lo han de hacer desgraciado.

El cronista asistió anoche a la revista de BUEN HUMOR, como la denominan sus autores; allá ellos.

Hemos de convenir esta vez que entre la colección de cuadros que desfilaron ante el cronista pueden destacarse algunos, en los cuales se observan valores altamente apreciables.

Son éstos los cuadros en los cuales se ha huído del retruécano, del chiste burdo, del muñozsequismo. ¡Oh, Muñoz Seca!

En esos cuadros se ha demostrado cómo el teatro puede poseer una fuer-

za cómica muy importante, sin apelar a bajos recursos que provoquen la risa fácil; como es, por ejemplo, el que un personaje se equivoque en el nombre del otro y le llame don Rodríguez en lugar de don Rodrigo.

El asunto es vario; no podemos, como otras veces, presentar aquí el argumento esquematizado. Son catorce cuadros distintos de argumento de técnica y de género.

De la interpretación hemos de hacer resaltar la admirable labor que realizó Manuela, que fué la admirable actriz que todos conocemos. Con su voz, llena de ternura, dió a los personajes que encarnó un nuevo atractivo, que fué en mucho una de las causas del éxito—relativo—que cosechó la revista.

Juan, actor sobrio, cantó y recitó con el acierto que nos tiene acostumbrado.

Los demás actuaron deplorablemente, menos González, que en su corto cometido demostró excelentes condiciones para llegar a un alto puesto en el teatro.

El público, como siempre, aplaudiendo lo mediocre y sin apreciar lo bueno.

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

De "A B C".

La revista de BUEN HUMOR estrenada anoche, obtuvo un lisonjero éxito.

La gracia y la soltura del diálogo, la novedad de los asuntos y de los trucos, la partitura inspirada y pegadiza, el decorado vistoso y entonado, el vestuario rico y elegante, fueron merecedores de la favorable acogida que obtuvieron.

En honor de los autores señores Abril, Arniches, Bonnat, García Alvarez, Granada, Gómez de la Serna, Jardiel Poncela, López Rubio, Neville, Plañol, Pérez Fernández, Pérez Zúñiga, Ramos de Castro, Tapia y Zurita y de los compositores Alonso, Font y de Anta, Fuentes, Guerrero, Serrano (E.) y Pérez Zúñiga, se alzó la cortina repetidas veces. Todos salieron al palco escénico, requeridos por los aplausos del respetable público.

Juan y Manuela, al frente de sus huéspedes, dieron a la revista una excelente interpretación.

En suma: Una jornada felicísima. Enhorabuena a todos.

FLORIDOR

De "La Voz."

BUEN HUMOR presenta una revista, al estilo de las revistas parisinas.

Desde la Edad de Piedra al siglo XXI, se suceden las principales y más características épocas de la historia: Egipto, Grecia, Roma, etc.

La obra está borrosa, sin que esto quiera decir que no está bien. No está bien, sin que esto quiera decir que esté mal. En suma: el éxito no debe satisfacer a BUEN HUMOR, sin que con esto quiera decir el revistero que la obra, ni muchísimo menos, fuese rechazada por el público que aplaudió al final de los actos y reclamó la presencia de los autores.

Puede decirse que todos, todos, sin excepción, triunfaron en toda la línea.

Juan y Manuela escucharon particular aplausos en diversas escenas.

José L. MAYRAL

De "El Universo."

No podemos pasar sin protestar el estreno de ayer. Es una revista desvergonzada en la que suceden cosas horribles. No comprendemos cómo las autoridades no ponen coto a los desmanes de los autores del día.

Los padres católicos no deben de llevar a sus hijas a ese teatro donde se toma a broma hasta las cosas más sagradas. Daremos un botón por muestra.

Uno de los personajes, siempre que se despide dice: «A Dios» «A Dios» Como si no fuera pecaminoso el mezclar el divino nombre en los espectáculos profanos.

Con esto y con afirmar que indudablemente este género de teatro está inspirado por masones, ponemos horrorizados fin a estas líneas.

CHISTES PARA EL ENTREAUTO

En el teatro:

El acomodador.—Oiga, pollo, ¿cómo siendo su entrada de gallinero, está usted en butacas?

El pollo.—Usted perdone. Se conoce que me he caído de la caña.

Entre amigos:

—Oye, ¿por qué estás tan preocupado?

—Porque no tengo un céntimo y me voy a tener que suicidar, a ver si así me pagan el seguro de vida.

En la calle:

La mendiga.—Señorita, una limosnita, por Dios, para esta pobre vieja que tiene ciento once años.

La señorita.—No llevo ni una perra suelta, pero no se preocupe, que no le diré a nadie la edad que tiene.

Angel Fernández de Córdoba.
Tetuán.

—Suponiendo que una oveja va por un camino nevado, ¿en qué se diferencia la oveja de la nieve y del camino?

—Pues en que la res-bala; en la nieve se resbala y por el camino va la res.

M. P.—Coruña.

El parroquiano.—Tráigame un par de huevos pasados por agua.

El mozo.—Lo siento, señor; pero los que tenemos aquí los traen por tierra.

J. F.—Madrid.

Ante el Tribunal comparece un sujeto que, después de vivir de huésped sin pagar el pupillage, concluyó por asesinar a sus patrones, cortándoles las respectivas cabezas.

—¿Qué oficio tiene usted?—le pregunta el fiscal.

—Sastre.

—¿Sastre?

—Sí, señor. Me dedicaba a cortar patrones...

Pochín.—Barcelona.

Indirecta:

Desahuciando a un paciente, dijo cierto galeno:

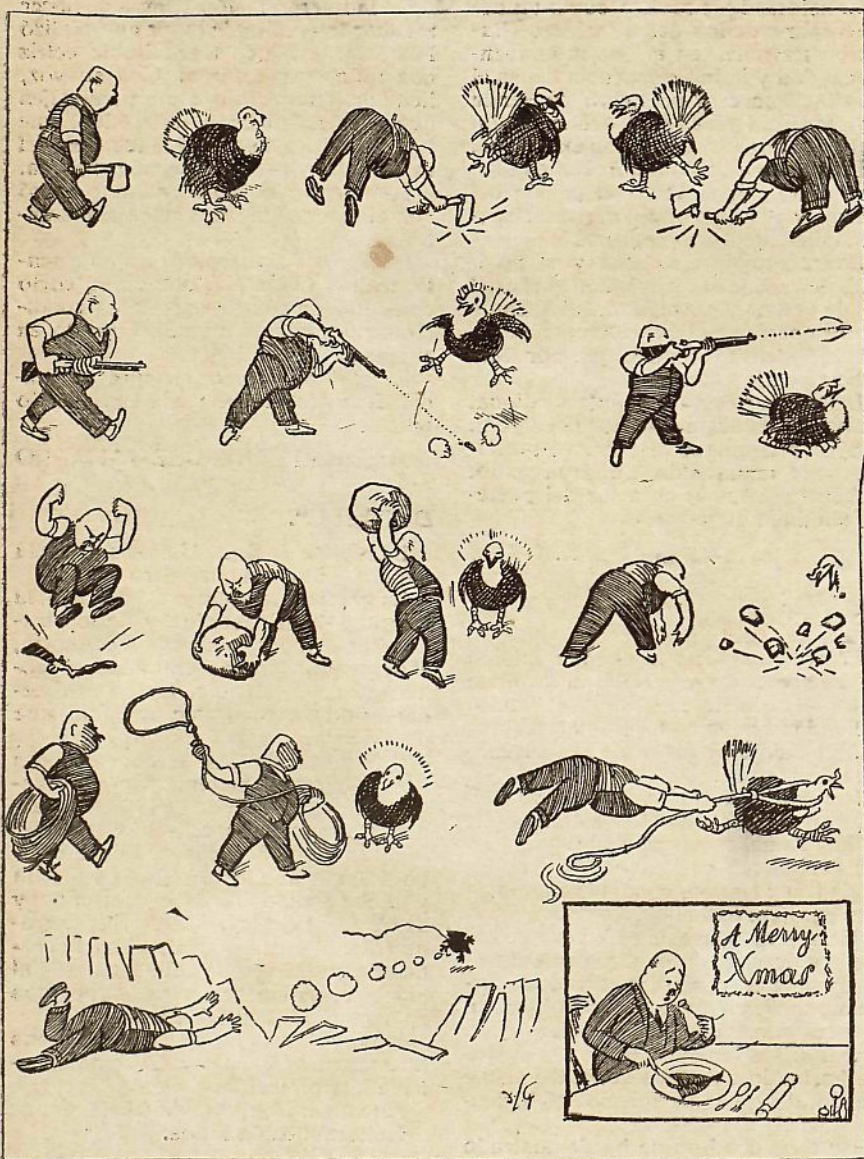
—Lo que es a ése, ya no le salva ni el médico del Padre Eterno.

—El Padre Eterno no tiene médico—objetó uno de los presentes.

A lo que repuso el otro:

—Por eso es eterno.

M. R. T.—Madrid.



EL PAVO DE NAVIDAD (De The Humorist).



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



Gal
MADRID

TUBO
2 pts.

DENS

Limpia los dientes y perfuma la boca

Ayuntamiento de Madrid